



El chico de la
eterna
Sonrisa

Love is friendship set on fire



Brianna Wild

**EL CHICO DE LA
ETERNA SONRISA**

Brianna W.

© Brianna Wild, 2016
Portada: Joana Castro del Cabo

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

<https://briannadarkside.wordpress.com/>

briannawild@gmail.com

*A ti, que me apoyas en todo lo que
hago.*

1

Era bien entrada la madrugada y el *pub* estaba a reventar, como cada sábado a esas horas. Laura estaba en un rincón, a salvo de la marea de gente, con la espalda pegada a la pared. Observaba impasible al resto del grupo de amigos que se movían al ritmo de la música atronadora, ocupando una parte de la pista de baile. Parecía que todos se divertían. No había estado muy segura de ello antes de salir de casa aquella noche, puesto que la mayoría eran amigos de Noah, y ella y su amiga eran las únicas chicas. Aunque Anne los conocía de haber coincidido alguna que otra vez, todavía no había tenido ocasión de comprobar lo *animales* que podían llegar a ser en determinadas ocasiones. Laura sí había sido testigo, pero también los conocía más allá y sabía que todos ellos eran encantadores y adorables. Le solía venir a la mente la imagen de una camada de cachorros de pastor alemán: juguetones que la liaban a la menor oportunidad. Ahora, desde su posición, observaba a su amiga que parecía diminuta rodeada de todos ellos, divirtiéndose, y no podía menos que sonreír.

Sin embargo, no veía a Noah. «*Ya lo habrá cazado alguna tía hoy*» pensó, pero recorriendo la estancia en penumbra y con luces de colores intermitentes logró distinguirlo apoyado en la barra, entre una multitud que rogaba por su bebida. Sonrió cuando le dirigió una mirada de agobio.

Noah y ella siempre habían sido muy buenos amigos. De hecho, eran amigos íntimos, confidentes. Pero ciertamente, no había sido desde siempre. Laura todavía recordaba a veces con sentimiento agrisado su etapa de adolescencia, cuando se enamoró sin criterio del chico más guapo del instituto. *Qué original*. Medio instituto de secundaria bebía los vientos por él. Pero en esa época, y al contrario que muchas de ellas, Laura no contaba con un bonito cuerpo y una cara de ensueño para seducirle, así que se acercó a él de la única forma que se le ocurrió: como amiga.

Craso error, aunque se dio cuenta tarde.

La química que surgió entre ellos fue tan exacta que traspasaron la barrera de la simple amistad: él confió en ella y ya no hubo nada que hacer. Laura se convirtió en el hombro en el que Noah lloraba todas sus penas generales y

referidas al sexo femenino en particular. Su amigo. Su confidente. Su *hermano*. Nada más. Laura sufrió en silencio al principio, pero enseguida supo disfrutar de su nueva relación y el paso de los años le hizo ver con claridad que se había tratado de un amor adolescente, de los que no se olvidan, pero se dejan atrás. Aun así, él jamás lo supo...

Ahora estaban en la universidad. Los amigos habían ido cambiando, otras caras, otras gentes... excepto ellos, que continuaban compartiendo sus vidas. Noah seguía siendo el guaperas de siempre, convertido ahora en hombre. Laura tampoco había cambiado demasiado, su mente más madura y su cuerpo más adulto. Ambos habían tenido sus relaciones con el sexo contrario, aunque las de Laura se podían contar; lo de Noah era diferente: las chicas se le tiraban a los brazos y si había alguna que no, lo único que él tenía que hacer era guiñarle un ojo. Sólo tuvo una relación seria y Laura sabía los estragos que había causado en su corazón. Noah también le brindó su fraternal apoyo en todas las rupturas sentimentales de ella, mucho menos traumáticas. Ahora, ambos estaban solteros y felices.

Laura volvió a mirarlo y él seguía allí, intentando hacerse un hueco en la barra. Sonrió. Le costaría la mitad de la noche y parte de la mañana siguiente hacerse con la bebida, tal y como estaba el local de gente. Ella le dio un sorbo a su ron y continuó bailando. Disfrutaba con ello, contoneándose al ritmo de la música. Le hacía ascender como ligeras volutas de humo, le relajaba la mente. Estaba algo nublada por el alcohol, bailaba y sonreía. Al cabo de un rato notó que alguien le cogía el antebrazo y se sobresaltó.

—¡Por Dios, lo que hay que sudar por un cubata aquí! —le gritó Noah, haciéndose oír por encima de la música ensordecedora.

Ella se rio a carcajadas y bebió otro sorbo de ron. Qué calor hacía allí. Cogió la mano de Noah e hizo amago de dar un par de pasos de baile.

—Vas a poner *cachondos* a todos si sigues bailando así —le dijo a Laura al oído, bromeando, para sacarle la lengua a continuación, en una mueca burlona—. Me voy con los otros —dijo señalando con el pulgar a los demás.

—Yo me quedo —le contestó ella, devolviéndole la sonrisa.

Noah se dirigió hacia donde estaban el resto de amigos, abriéndose paso entre la multitud. Laura se encontraba a un par de metros, lo que le permitía tener una visión global. Muchas veces se sentía un poco como la madre de todos ellos, la cuidadora de aquel rebaño, puesto que, por lo general, era la dueña del sentido común en aquel grupo. También tenía una visión amplia del

resto de la sala, la gente bailando y riendo, divirtiéndose despreocupadamente. Mientras le daba un par de tragos más a su copa, observó cómo una rubia despampanante se acercaba a Noah; éste se giró con una sonrisa en la cara. Noah era así: no importaba la situación, de qué tuvieras intención de hablarle o siquiera, si conocía a quien lo hacía: siempre escuchaba con una sonrisa espontánea en los labios. «*El chico de la eterna sonrisa*», pensó ella. Noah y la chica rubia intercambiaron unas palabras al oído y rieron. Típico. Era el prototipo de Noah y a ella nunca le habían gustado las muñecas de goma tísicas con las que salía él. Para ser honestos, debía reconocer que ese sentimiento de propiedad no era muy sano, pero se escudaba en su *fraternal* preocupación por él. De todos modos, ¿qué tenía ella que decir? Allá él y sus gustos. Era una escena que se repetía una y otra vez. Después de una breve conversación, o un leve bailoteo, solían escabullirse entre el gentío. Sólo que esta vez, tras la breve conversación, Noah volvió a integrarse en el grupo y la rubia desapareció del panorama. Laura enarcó una ceja: ¿no había picado? Esto era nuevo. *Vaya...* Cerró los ojos y continuó meciéndose al son de la melodía. El ron estaba fresquito, en su punto, y la música no podía ser mejor. Balanceaba hombros y caderas al ritmo de ésta, se dejaba llevar...

Cuando abrió los ojos de nuevo, Noah se dirigía hacia ella como una locomotora. Su expresión era muy dura, seria como pocas veces la había visto. Sus ojos volaban de arriba a abajo a lo largo del cuerpo de ella y se puso nerviosa. Era como si estuviera desnuda en medio de aquel gentío. O algo más increíble todavía: como si él la estuviera desnudando con sus ojos. Cuando ya estaba por parar de bailar y preguntarle qué diantre le pasaba, Noah se pegó más a su cuerpo, la sujetó por la cintura y le estampó un beso en los labios, ante la mirada atónita de ella. Primero fue bastante casto, apenas un suave roce de labios, pero sólo durante un instante. Él enseguida sacó su lengua y comenzó a lamer los labios de ella, en un intento de sobrepasar sus barreras. Laura al principio frunció el entrecejo, pero al sentir la suavidad de su lengua, instintivamente cerró los ojos y entreabrió los labios. Él no dio lugar a tregua e introdujo la lengua, acariciando la de ella con la maestría que le otorgaba la experiencia y aumentando la temperatura de ambos. Laura flotaba. Colocó sus manos en el cuello de él, dispuesta a disfrutar del beso que le brindaba su amigo, dejándose llevar por la anestesia etílica. Noah aprovechó ese gesto para deslizar las manos a través de las caderas de ella, acariciándola,

dudando apenas un segundo antes de pasarlas a sus nalgas.

En el pequeño resquicio de la mente de Noah que aún era capaz de funcionar, se coló el pensamiento de que se había vuelto completamente loco al besar de esa forma a Laura. Estaba metiendo la pata hasta el fondo, lo sabía y no paraba, pero ¿qué diablos podía hacer? Hacía días que estaba controlándose. Más loco aún le pareció estar cuando, de repente, apretó sus manos en el trasero de Laura, alzándola un poco del suelo y deslizándola contra su dura erección. Un par de restregones y Laura abrió los ojos presa del asombro más auténtico que él había visto en su vida. Él conectó su mirada en la de ella, instándola a... *¿a qué?* ¿Cuál era la pregunta que hacía? *Joder*, ni él mismo lo sabía. Lo único que sabía era que había tenido que besarla. Y ahora la estaba retando a algo. A algún tipo de acción o reacción por su parte. Pareció pasar la eternidad. Laura puso sus manos en el pecho de él y lo apartó de un empujón. Se miraron intensamente durante una milésima de segundo; Noah se giró rápidamente, dirigiendo sus pasos hacia donde sus amigos y cogió su chaqueta.

—Tengo que salir de aquí —le dijo a Robert, y salió disparado sin mirar atrás.

2

Una vez en la calle, se apoyó en la pared. *¿Apoyarse?* Lo que quería era darse cabezazos contra ella. Resopló. No había hecho nada. No era tan importante, no significaba nada. Efectivamente, por eso estaba deshaciéndose de esa sensación pegajosa como si fuera un perro mojado que se sacude el agua de encima.

Laura seguía dentro, abotargada por las sensaciones y los pensamientos que cruzaban como rayos su mente. Por dios, ¿cómo había dejado que pasara aquello? ¿Tanto había bebido? Era evidente que no, pues sus neuronas parecían estar manteniendo una conversación en su cerebro. Se sentía una idiota. Y los sentimientos que creía enterrados hacía años habían salido a flote en su cabeza y chocaban entre ellos, provocándole pequeñas descargas. Por el rabillo del ojo se percató de que Robert salía fuera también. El resto del grupo parecía no haberse dado cuenta de nada: Anne, Israel y Aitor, los únicos que quedaban, continuaban bailando como si tal cosa. Laura se dirigió hacia ellos, cogió su chaqueta y se excusó, diciéndole a Anne que no se encontraba bien y que volvía a casa ya. Su amiga insistió en irse con ella y los dos chicos enseguida se ofrecieron a acompañarlas, extasiados como habían estado durante toda la noche con Anne.

Mientras tanto, fuera, Noah se auto flagelaba mentalmente. No funcionaba. No estaba acostumbrado a que sus besos estuvieran dirigidos a alguien con nombre y apellidos; resopló risa desprovista de humor mientras negaba con la cabeza y pronunciaba el nombre de su amiga por enésima vez.

—Tampoco es para tanto, tío. La has besado, ibais los dos ciegos, punto. Sois amigos, esto pasa.

Robert trataba de restarle importancia reduciéndolo todo al absurdo.

—Tú no lo entiendes, Robert —declaró, mirándolo por el rabillo del ojo.

—¿Qué es lo que no entiendo? Ella es una tía. Tú eres un tío. Joder, no te comas la cabeza, ¡estas cosas pasan! —se empeñaba en repetir.

Para él el asunto estaba claro como el agua. Noah lo miró fijamente, tratando de infundir seriedad, a ver si así conseguía que comprendiera.

—Robert, ella no es como *esas* tías de las que hablas. ¡Se toma todo esto

muy en serio! Joder, yo no debería hacer esto con ella... —le dijo casi gritando.

—Bueno, Noah, tranquilízate, que te va a salir un sarpullido. —El tono de Robert, siempre de buen humor, era casi jocoso. Noah lo miraba con cara de pocos amigos—. Sólo ha sido un beso...

La puerta del pub se abrió y salieron Anne, Israel y Aitor, que alzaron la mano a modo de despedida, ausentes y alegres como iban; Laura fue la última en salir y no dirigió su mirada hacia ellos. No sabía lo que denotarían sus ojos y no quiso arriesgarse a mostrar algo que no quería. Siguió a los demás sin despedidas.

—Lo sabía —masculló Noah entre dientes y cubrió su rostro con las manos. Se había enfadado. Como si no la conociera.

—Pues no lo entiendo —replicó Robert, que también se había percatado del intento forzado por ignorarlos—. Pensaba que Laura y tú teníais más confianza y que os reiríais mañana de esto —intentaba suavizar el asunto. Al fin y al cabo, un beso, aún en los labios, era eso: un beso. Ellos se daban muchos; vale, no en la boca, pero aun así, no terminaba de creerse que nunca les hubiera pasado aquello.

Noah levantó la vista hacia su amigo, apartando las manos de su cara. El bullicio que había en la plaza a esas horas, le obligó a decir las siguientes palabras con un tono de voz más elevado del que le hubiera gustado.

—Ha sido *algo más* que un beso —dijo con cierto retintín—. Me he restregado contra ella, le he restregado toda mi polla... *Joder...* —terminó con un susurro forzado.

Los ojos cristalinos de Robert se abrieron como platos justo antes de romper a reír. Las lágrimas anegaron sus ojos, entre carcajadas. Noah le dedicó una mirada reprobatoria, parecía que allí todo el mundo iba un *pelín* contento de más:

—A mí no me hace ni *puta* gracia, Robert —le sermoneó en voz alta, para continuar hablando para sí mismo—, se me ha ido la cabeza...

Cuando su amigo logró reponerse de su estado de hilaridad, lo cogió del hombro:

—Anda, vamos, mejor será que nos acostemos todos a dormir la mona. Mañana será otro día.

Noah le miró con ojos llenos de escepticismo, aunque le siguió cuando Robert comenzó a andar. Mañana sería otro día, sí. Uno que no sabría cómo

afrontar.

Ya de madrugada, tumbado en su cama, Noah intentó dejarse acunar por los brazos de Morfeo. Aunque aquellos brazos más bien, le dieron una bofetada. Se le había pasado el efecto anestésico del alcohol y comenzaba a estar más despejado. El continuo pulso que sentía en las sienas junto con millones de pensamientos que bullían en su cabeza no le dejaban conciliar el sueño... ni hacer nada más. ¿La llamaba? ¿Estaría ya durmiendo o, igual que él, completamente desvelada? ¿Y qué le decía? No. Primero debía reflexionar, aclarar ideas. Posiblemente, conociéndola como la conocía, no querría hablar con él, no ahora. Antes moriría de un ataque de vergüenza. Como si lo estuviera viendo. Tuvo que sonreír. Además, a juzgar por aquellano-*mirada* al salir del bar, apostaría sus guantes de portero firmados a que se había enfadado con él. «*Eres una puritana*», pensó con humor.

No como él.

La sonrisa empezó a desvanecerse. Tenía que pedirle perdón, no podía dejar que pensara que la metía en el mismo saco que a las demás. Porque, si alguien sabía cómo era Noah con las chicas, era Laura. Al menos, visto desde fuera. Lo había visto desfilar con tantas en los últimos tiempos que debía de estar alucinando —como alucinaba él, si se paraba a pensarlo—. Pero pensar no era algo que hiciera muy a menudo últimamente, ¿no? Optó por el camino fácil: le ahorraría el trago a ella, ya que tampoco él sabía cómo afrontar la situación. Sin embargo, la conciencia no le dejó respirar hondo hasta que le envió un mensaje al móvil: «*Soy un bestia. Lo siento*».

3

Laura subió las escaleras de su casa mientras Anne se quedaba bajo despidiéndose de los chicos. Abrió la puerta, tiró las llaves en el mueble de la entrada y fue directa a la cocina. Buscó en el frigorífico algo que le despejara la mente. Una tónica estaría bien. Se dejó caer en el sofá del salón. Anne se asomó por el quicio de la puerta.

—¿Te encuentras mejor ya —preguntó con mirada inocente.

Laura la miró a los ojos mientras negaba lentamente con la cabeza.

—Si vas a tirar la papilla avísame, ¿eh? No vayas a manchar el sofá de diseño de mil pavos —le recriminó, medio en broma medio en serio.

Laura puso los ojos en blanco.

—Anne, no voy mal. —«*Al menos, no tan mal como crees*».

—¿Entonces? ¿Ha pasado algo y no me he enterado? ¿Quieres hablar? *Uy sí, ¡quieres hablar!* Me encantan estas noches *de chicas*. Espera, que voy a ponerme algo más cómodo.

Y Laura poco pudo hacer por detener a su amiga, que seguía parloteando mientras se dirigía a su habitación, aunque ella ya no la escuchaba. Se fue a su cuarto también y se puso el pijama de verano. Cogió su tónica y volvió al salón. Increíblemente, Anne ya estaba allí, pero no sólo eso: había preparado una bandeja con toda suerte de galletitas y chucherías varias. No dejaba de sorprenderla. Ahora posiblemente sería ella quien sorprendería a Anne.

—Venga, ven aquí —dijo Anne dando un golpecito al sofá justo a su lado — y desembucha. ¿Por qué nos hemos ido por patas cuando la noche estaba en lo mejor?

Laura alzó una ceja cuando esas palabras, «lo mejor», salían por boca de su amiga y le entraron ganas de reír.

—¿Así que de verdad no has visto nada? Es un alivio —resopló—, si tú no has visto nada, dudo que nadie lo haya hecho.

—Como sigas evadiendo el tema, vas a ser tú la que vas a saber lo que es bue...

—Noah me ha besado —soltó a bocajarro Laura.

Pensó que, como los tirones de esparadrapo de la piel, si lo hacía rápido,

sería menos dramático.

—Está bien. ¿Me estás diciendo que se ha terminado la fiesta porque Noah te ha besado? ¿Qué tiene de especial? Como si fuera la primera vez que os be...

—No como nos hemos besado esta noche —atajó Laura.

En el rostro de Anne comenzó a aparecer una sonrisa socarrona.

Ella siempre había contado con que esto ocurriría, tarde o temprano. Era cuestión de tiempo que terminaran como pareja. Incluso después de que Laura le jurase y perjurasen que Noah ya no le interesaba de aquella forma, que todo había sido una niñería de instituto. Probablemente Anne nunca le había creído del todo porque ni a ella misma le sonaba convincente.

Ambas hablaron al unísono:

—Así que ya ha sucedido, ¿no? Vaya...

—No vayas por ahí, Anne... —Laura suspiró—. Mira, sé que tienes muchas esperanzas puestas en nosotros, pero... —dejó la frase a medias.

—Os habéis besado. Le gustas, tienes la prueba. Y a ti te gusta él... no puedes negarlo...

—No creo que tenga pruebas de nada. Ha salido por patas del *pub* justo después de... —Laura cerró su boca de golpe con una mueca. Demasiado tarde quiso haberse cosido la boca, Anne no perdía pista y la miraba expectante.

—Después de... —la animó a seguir.

—Después de nada.

—Laura, ahora mismo estás del color de las amapolas en primavera, así que ya puedes ir soltando por esa boquita.

Ya podía estar colorada nivel barbacoa. Recordar cómo Noah había acoplado su cuerpo al suyo le producía calor. Si aquello era indicativo de cómo podían funcionar ambos, no quería ni imaginar...

—Laura —apremió Anne cortando su chorro de pensamientos obscenos.

—Mira, no ha sido un beso de *muacs* y ya está. Me ha metido mano. Me ha metido la lengua hasta la garganta y me ha hecho sentir... su erección —respondió, notando cómo las mejillas le ardían.

Anne había empezado a reír a mitad de la retahíla de su amiga, pero con la última parte le entró un ataque de hilaridad. Laura, siempre tan... pudorosa.

—Oh, *siiiiii*... ríete. Sabes lo que me cuesta hablar de estas cosas... *Estupendo*.

—Está bien. Perdona. Es que me ha hecho gracia verte tan... apurada.

Mira, los tíos tienen mecanismos simples en su sistema nervioso: besan ergo se excitan. A veces se excitan sin besar, siquiera. Y Noah, por muy amigo tuyo que sea, es un chico. Funciona igual. ¿A ti te ha gustado?

Laura miró a su amiga, pensando que no se enteraba de nada. Desde hacía mucho tiempo, la relación entre ella y Noah era poco menos que fraternal. Y cualquier pensamiento subido de tono... simplemente, estaba fuera de lugar. No encajaba en el puzle.

—Anne, escúchame bien, ¿de verdad me preguntas si me ha gustado? ¿Crees que estaba siquiera interesada en sentir de cerca el pene duro de Noah? ¡Por dios, llevo años tratándole como a un hermano!

Aquello debía de ser graciosísimo, aunque Laura no veía cómo, porque Anne tuvo otro ataque de risa, aunque lo mal disimuló con una tos y un carraspeo.

—Que conste que me río por lo del «pene duro», ¿eh? —dijo entre alguna risa más—. Lo siento, es que no puedo evitarlo, Laura. Sólo los médicos hablan así. El resto lo llamamos po...

Las manos de Laura volaron raudas hasta la boca de su amiga.

—En el caso de Noah sólo quiero pensar en esos términos, ¿vale?

—Vale, vale. Pero la pregunta iba en serio. ¿Te ha gustado?

Que si le había gustado... Laura ya no sabía nada.

Fue a darle otro sorbo a su tónica sólo para darse cuenta de que se había terminado hacía rato.

Le había gustado... No, de hecho, *gustar* no era la palabra. No sabía si existía una palabra para describir *pasar-de-cero-a-cien-en-menos-de-cinco-segundos*. Se había excitado como nunca antes, su cuerpo había entrado en combustión espontánea, en parte debido a la sorpresa. Aunque la realidad la golpeó en mitad del beso, justo cuando notó la dura erección de Noah, su — hasta ahora— amigo, y lo había empujado hacia atrás. Conociéndole, un rechazo como ese no le habría sentado muy bien a su orgullo. También era experto en asumir culpabilidades, aunque éstas no fueran con él, así que podía imaginarlo revolviéndose bajo el acicate de su conciencia. Incluso aunque solo hubiera sido algo físico para él.

Para ella era diferente. Los recuerdos, antiguos sentimientos... El beso había abierto la caja de Pandora y ella estaba perdida entre todo lo que había salido.

—Laura... —Anne se impacientaba por una respuesta.

—No lo sé, Anne. No puedo responderte a eso. —Y como vio que su interlocutora esperaba por más, intentó continuar—: Me ha hecho..., es igual, déjalo.

—De eso ni hablar —protestó—, estoy aquí para escucharte, soy tu amiga. Dime cómo te sientes.

—No sé cómo me siento. Sabes lo que sentía por él en el instituto. No sé si voy a verlo con los mismos ojos que antes. Tengo que hablar con él.

Anne la abrazó, alisándole el cabello.

—Tranquila, creo que sé lo que me quieres decir —dijo con la intención de evitarle a su amiga el mal trago de reconocer algo para lo que no estaba preparada; al menos, aún no—. No le des más vueltas. Lo que tenga que ser, será. Ahora es mejor que nos vayamos a dormir y mañana ya veremos.

—Sí, necesito dormir ahora. Aún estoy en shock —sonrió—. Así no puedo pensar.

Laura le dio las gracias a su amiga y se dirigieron a sus respectivas habitaciones. Al poner su móvil en silencio, vio que había recibido un mensaje y supo de quién era antes de leerlo. «*Soy un bestia. Lo siento*». «*Como un elefante entrando en una cacharrería*», pensó Laura enarcando una ceja. Suspiró de puro cansancio y se metió en la cama. Le extrañó que no le hubiera llamado. Es lo que habría esperado de él. Aquello ya comenzaba a tener consecuencias en su relación. Por la mañana aclararía sus ideas y lo llamaría ella. Necesitaba saber qué diantre había pasado, aunque no estaba segura de querer averiguarlo.

Antes de quedarse durmiendo un inquietante pensamiento cruzó fugaz por su mente: estaba claro que las cosas no iban a quedarse como antes.

4

La mañana de domingo era clara y fresca debido a las primeras lluvias de septiembre. Noah estaba apoyado en el banco de la cocina, tomando un tazón de leche mientras miraba por la ventana. Era condenadamente temprano, teniendo en cuenta a la hora que se acostó, pero ya no aguantaba más en la cama.

Menudo infierno de noche.

Después de enviarle el mensaje a Laura intentó dormir, pero varias partes de él tenían otras intenciones. Por un lado, estaba su polla, que parecía no terminar de entender que esa noche no habría juerga. La cosa estaba dura como una roca y que cambiara de estado no parecía una posibilidad cercana. Y por otro lado, su cabeza, que parecía dopada con alguna clase de droga que la hacía ir a mil por hora. Pensamientos como «¿cómo estará ella ahora?» o «soy un cerdo por tener erecciones pensando en Laura» convivían en sus conexiones neuronales. Así de extremista se sentía. Además, se daba el caso de una especie de retorcida sinergia entre aquellas partes: cuanto más se endurecía su sexo, más rápido iba su mente... y a veces, viceversa.

Laura... Su amiga... ¿Desde cuándo era algo más? Esa noche había saltado la liebre, estaba claro, pero... tenía que reconocer que ya hacía un tiempo que la parte más sucia de su mente la había incluido en sus pensamientos. Y, ya que estaba sincerándose consigo mismo, sabía cuándo había cambiado todo.

El *clic* había sido verla con Xavier.

Él sabía todo de la vida de Laura. Ella se lo contaba. Le contaba cuándo, cómo y por qué salía con un tío. Cuándo le había conocido, cómo era él... Le contaba cuando les dejaba o cuando le dejaban a ella, y lloraba en su hombro (y entonces tenía ganas de meterles una paliza a aquellos tipos). Curiosamente, y ahora se percataba de ello, siempre había mantenido aquella parcela de su vida separada de él: ella se lo contaba todo, pero jamás había coincidido con ninguna de sus parejas.

Hasta dos sábados atrás

Al entrar en el mismo *pub* que la noche anterior se sorprendió de verla allí, a unos metros del grupo, como siempre, pero con un tío. *Enrollándose con*

un tío. Saludó a sus amigos y, cuando se tomaron un respiro (*porque había que respirar, ¿no?*) se acercó a saludarla a ella también. Le presentó al tal Xavier, que le ofreció la mano mientras decía «¡Hombre, Noah! por fin te conozco.». Un tipo agradable. Aunque a Noah le dio dolor de estómago. Como se sentía —por primera vez con Laura— muy incómodo, se despidió y volvió con el resto de sus amigos, colocándose de forma que pudiera verlos.

Por curiosidad.

Le llamaba poderosamente la atención ver a Laura en acción.

Aunque se arrepintió en el acto. Ella llevaba un sencillo vestido negro ajustado, que le llegaba por encima de las rodillas. Un poco más abajo comenzaba la caña de unas botas igual de oscuras. El pensamiento absurdo de que probablemente ya la había visto con semejante atuendo y que no le había prestado atención cruzó por su cabeza. Más tarde se daría una colleja por ello, pero ahora estaba disfrutando... al menos hasta que vio cómo la mano del tal Xavier se posaba en su trasero y apretaba ligeramente. La otra mano acariciaba su melena suelta, mientras le daba lo que parecía ser un *atornillado* beso de tornillo. *Estupendo*.

Como su dolor de estómago aumentó, esa noche se soportó la media sonrisa del camarero que decía «*flojeras*», cuando le pidió una tónica. Y, de nuevo con el grupo, se colocó de espaldas a la pareja que se besaba en aquel rincón. No más vestidos negros, no más melenas sueltas ni botas hasta las rodillas.

No más pensar en Laura... *así*.

Estaba sonriendo con ironía mientras recordaba aquellos momentos y su última determinación de la noche.

Llevaba dos semanas volviéndose loco.

Se habían visto cada día, como de costumbre. Quedaban para cenar, para ver una película, tomar una cerveza... cualquier excusa para contarse las cosas del día. Y él intentaba ignorar aquel dolor de estómago. De veras que lo intentaba. Cada vez que se descubría mirando sus labios mientras hablaba y pensando en cómo sabrían, cuando se sorprendía mirándole el escote (o peor, directamente el pecho por encima de una camiseta blanca normal y corriente. Nada sugestivo, ninguna transparencia, nada de encaje, *qué mal estamos*). Cada vez que caminaba detrás de ella y su vista se desviaba a su trasero. En todas esas ocasiones intentaba ignorar aquel dolor de estómago y el que no lo consiguiera debía estar relacionado con el hecho de que la sangre abandonaba

su cabeza para ir a otra parte de su anatomía.

Al menos tenía la decencia de sentirse como un perverso por tener erecciones pensando en su mejor amiga. Eso le hacía sentirse un poco mejor, más considerado. Aunque la moralidad se la traía al paio en los últimos tiempos, todavía había alguna cosa que le hacía tener remordimientos. «*Maldita Sara*».

La noche anterior, sin embargo, se habían aclarado algunas de sus dudas existenciales. Ya sabía, por ejemplo, cómo besaba Laura y a qué sabían sus labios (y, ya puestos, a qué sabía hasta su garganta); sabía cómo era tocarle el culo y sabía cómo era restregarse contra ella como un animal en celo.

Por diossss.

Ella le había empujado. Esa reacción era nueva para él. Fue un pequeño mordisco a su orgullo. Aunque estaba tan embotado por las sensaciones y la situación que apenas le dio importancia. En su lugar, salió corriendo. *Cobarde.*

Pero hoy no tenía la intención de ser cobarde. Laura no le había contestado el mensaje y no podía imaginar por qué. Bueno, si era sincero, podía imaginarlo, pero pensaba apelar a la confianza entre ellos. No sabía cómo iba a hacerlo, pero esperaba que un par de bromas al respecto y podrían dar el asunto por zanjado. Quería volver a estar como antes. Como antes de antes. Con Laura tenía la relación más perfecta que se podía tener con alguien del sexo opuesto.

Dejó la taza en el fregadero y fue directo a la ducha. Todavía le olía el pelo a humo de tabaco.

5

Laura estaba desayunando un bol de leche desnatada con cereales integrales cuando Anne apareció por la cocina. Su compañera de piso tenía el aspecto de haberse peleado con un gato, con su pelo rizado y corto enmarañado, algunos mechones rubios de punta, y el pijama rosa con flores blancas. En cambio, ella ya se había aseado y vestido; se sentía con mucha energía esa mañana.

—Buenos días —dijo Anne, mientras se servía leche y se preparaba un par de tostadas con mantequilla y mermelada—. ¿Por qué no me has despertado?

Laura miraba aquel festín con cierta envidia. No entendía cómo su amiga podía comer tanto y tener aquel tipo.

—Te has levantado famélica, ¿eh? —comentó con ironía—. Y a tu pregunta, te diré que no, gracias, ya tuve el placer de despertarte una vez y sufrí tu cólera matutina, cojinazo incluido.

—Hoy no te habría pasado —afirmó—. ¿Qué tal tu noche? ¿Has descansado? ¿Has decidido algo?

—No he decidido nada, quedaré con él e iré sobre la marcha. Al fin y al cabo, es Noah. Hoy veo las cosas mucho menos dramáticas que anoche. El alcohol y el cansancio, ya sabes...

—*Mmmm...*

Conocía aquel sonido. Anne lo había emitido indicando que, aunque no estaba de acuerdo con la forma en que iba a actuar, no pensaba decir nada. Un irresistible anzuelo que Laura no podía dejar pasar.

—¿Qué?

—Nada...

—¿Qué, Anne? —inquirió con más fuerza.

—*Mmmm...* mala idea.

—¿Tienes alguna mejor? —Enseguida se dio cuenta de cómo sonaba aquello—. Perdona, es que ando un poco estresada. No tengo ni idea de qué hacer.

—Bueno, entonces, puedes esperar. Si no tienes claro qué quieres o qué sientes, espera. Es mi consejo.

—Tú tienes *bastaaaaante* más experiencia con los tíos que yo, así que... tú mandas —declaró.

—Oye, eso ha sonado un poco... a promiscuidad —recriminó Anne, riendo.

—Tú lo has dicho, no yo... —contestó Laura, reprimiendo también una sonrisa.

Cuando recogió las cosas del desayuno, inspiró hondo, cogió el móvil y marcó el teléfono de Noah.

Un tono; dos tonos; tres tonos... más tonos... Quizá se había puesto nerviosa demasiado pronto. Lo intentó un par de veces más. Nada. Entonces envió un mensaje: «*Llámame*». Cogió los patines y su iPod, y se fue al paseo marítimo a hacer un poco de ejercicio, tomar el aire y... despejarse. Necesitaba despejarse.

Noah la llamó en cuanto vio el mensaje, al salir de la ducha. Sin mucho éxito. Un par más de intentonas con idéntico resultado y fue a vestirse. Estaba marcando por cuarta vez el número cuando tocaron a la puerta. Robert estaba al otro lado con un par de cervezas y una bolsa de Doritos en la mano. Le hizo una señal para que entrara y se pusiera cómodo. Se quedó mirando el teléfono con el ceño fruncido cuando le volvió a saltar el contestador automático y dejó un mensaje corto y conciso: «*Llámame tú*». Entonces lanzó el móvil al sofá con despreocupación.

—¿Era ella? —preguntó Robert, mientras servía *Doritos* en un bol.

—Sí.

—¿Y qué juegucito os traéis entre manos?

—Ninguno, que yo sepa. Tenía un par de perdidas y un mensaje cuando he salido de la ducha, pero ahora no puedo ponerme en contacto con ella. No me lo coge—. Noah miró atentamente cómo su amigo engullía Doritos—. ¿Tú es que no desayunas como una persona normal?

—Sí, entre semana soy un chico muy sano.

—Ah...

Noah volvió a coger el teléfono y llamó. Era posible que Laura no pudiera cogerlo por mil y una razones distintas, pero él tenía una inquietud, una especie de picazón que le impulsaba a verla y arreglar lo que hubiera que arreglar, si es que había algo que arreglar. De hecho, estaba empezando a enfadarse, como muchas veces que las cosas no salían como él quería, y

Robert enseguida notó esa sutil vibración en el ambiente.

—Oye, no te pongas nervioso. Seguro que en cuanto pueda, se pone en contacto contigo.

—Sí, pero tengo la sensación de que algo no va a salir bien... y necesito saberlo ya —respondió, mientras cogía la cazadora y las llaves—. Quédate, si quieres. Podemos comer juntos, si buscas algo de menú. Yo vuelvo enseguida.

Ese «*enseguida*» no le sonó a Robert como *algo-que-va-a-ocurrir-en-breve*, pero lo dejó estar. Se puso cómodo en el sofá, encendió la tele y siguió engullendo Doritos haciéndolos pasar con tragos de cerveza.

Cuando Laura volvía deslizándose con sus patines sobre la acera, se sorprendió al levantar la mirada y ver a Noah sentado en el portal de su casa. ¿Qué hacía allí? se preguntó, mientras se sacaba los auriculares del iPod y rebuscaba en el fondo de su mochila, a la caza de su teléfono móvil. Oh, sí. Se le había ido el santo al cielo. Tenía *unas cuantas* llamadas perdidas. No tan pocas como para que fuera normal ni tantas como para haber llamado a la policía. Las justas para preocuparse un *poquitín*.

Noah levantó la mirada en aquel instante y, al verla, empezó a levantarse. «*Bien*», pensó Laura, mientras inspiraba hondo, «*ha llegado el momento*». Se acercó hasta quedar frente a él. Con los patines puestos, sus miradas quedaban prácticamente a la misma altura. Noah le dio un rápido repaso, los ojos moviéndose a lo largo de su cuerpo, y Laura se sintió expuesta, como si hubiera estado desnuda delante de su amigo. La tensión era palpable, una tensión que no había estado ahí antes, entre ellos.

—Hola... —dijeron a la vez. Y sonrieron, nerviosos.

—Antes me llamabas para ir a patinar...

Era cierto. Siempre hacían ese tipo de cosas juntos. Sólo que aquella mañana no le había cogido el teléfono y se había ido sola. Sabía que no era muy buena excusa, pero era la única que tenía, además de la verdad.

—No cogías el teléfono.

—Venga, no es la primera vez —respondió Noah. Enseguida se arrepintió de su tono recriminatorio—. Bueno, ¿qué tal la playa? —intentó aligerar el ambiente.

—Bien. Necesitaba despejarme después de... —Calló de golpe.

Cómo no, seguía sufriendo de incontinencia verbal. Notó cómo subía el calor de su rostro unos cuantos grados. Perfecto, ahora parecería Heidi. Para

su asombro, vio que Noah también parecía algo cortado con la situación. Alguno de los dos debía decir algo para romper aquel incómodo silencio.

—Escucha Laura, quería hablar contigo sobre... sobre lo que pasó anoche.

—Noah apenas podía mirarla a la cara. Y Laura casi podía creerlo: ¿dónde estaba su descarado amigo?

—Tranquilo, no hace falta que...

—Sí, sí que hace falta, yo...

—En serio, no es necesario...

—Déjame hablar, por favor —pidió Noah—. Necesito disculparme. Anoche me pasé de la raya, pero te aseguro que no volverá a ocurrir. Puedes seguir confiando en mí como siempre, yo...

—Alto —cortó Laura—. ¿Me sales con «*lo de anoche fue un error-fui yo, no tú-no volverá a ocurrir*»?

El rostro de Noah cambió; de una expresión contrita pasó a una determinación que Laura conocía muy bien. Aquello no tenía buena pinta. Él lo creía. Pensaba en serio que había sido un error. Algo que no se iba a repetir, no importaba lo que ella tuviera que decir al respecto. Ahí entraba el consejo de Anne de esperar a hacer algo, de no... meter la pata.

—Eso es exactamente lo que pienso. Y tú sabes que es cierto. Nosotros no... hacemos esas cosas. Estamos por encima de todo eso.

Noah también advertía los cambios, aunque sutiles, que se iban perfilando en la expresión de Laura. *Mierda*. ¿Por qué tenía la sensación de que estaba haciendo algo malo? Ella mostraba algo parecido al... dolor, en su mirada. Aunque no estaba seguro, sentía cómo ella cerraba muros y tapias a su alrededor, cada vez más lejos de él. Pero no podía ser... no podía ser que ella quisiera... No, el camino que seguían sus pensamientos estaba vetado. Si seguía por ahí...

—Está bien. —Laura carraspeó para dar contundencia a su voz—. Tienes razón: nosotros estamos por encima de todo eso. Siempre lo hemos estado, ¿no? —Y odió cuando se le quebró levemente la voz. Cogió un *Kleenex* de su mochila con rapidez y se sonó—. Maldita alergia.

Alergia en pleno mes de septiembre, ¿no?

—Laura... —Ella no soportó el matiz de compasión de su voz. Sólo le faltaba eso.

—No pasa nada. Es el polen de las gramíneas... que me tiene frita. Voy a ver si consigo mi aspirador.

—Escúchame. Sabes que yo... sabes lo que pasó, tú *lo sabes*... —Y aún así, no lo sabía todo, pensó Noah—. Sabes cómo yo... y las tías...

—Sí, Noah. Sé «cómo tú y las tías». Tranquilo. No pasa nada. Sólo tengo que conseguir el aspirador y estaré bien.

—¿Quedamos luego para...?

—Sí, después te llamo. He quedado con Anne y unas amigas del curso pasado para comer, pero luego te llamo.

Noah la cogió por los hombros y le dio un beso en la frente, como hacía millones de veces. Y ella desapareció por el portal de su casa. En el camino de regreso a casa, Noah empezó a encontrarse mal. Era prácticamente el mismo dolor de estómago que tenía últimamente, pero... más desagradable.

Y aquella desagradable sensación de estar haciendo algo mal.

6

Esa semana comenzaban las clases de la universidad. Hacía ya días que el campus había vuelto a la vida, con alumnos por todas las facultades haciendo exámenes o matriculándose en alguna asignatura. Los espacios verdes estaban igual o más poblados, estudiantes aprovechando la agradable temperatura de final de verano. Laura y Anne estaban en una de las cantinas esperando al resto de la pandilla para comer. Ambas estudiaban Enfermería y éste iba a ser, si todo iba bien, su último curso de carrera. Habían hecho planes para realizar las prácticas en el mismo hospital y así poder seguir compartiendo piso. Bromeaban con que ya eran como un viejo matrimonio, que conocía las particularidades del otro y tenían una convivencia rodada; sería difícil empezar con alguien de cero. En realidad, se habían convertido en grandes amigas, aunque fueran de caracteres bastante diferentes.

Ahora Laura estaba contándole aquello que no le había contado la tarde anterior con respecto a su conversación con Noah.

—Si notas que está un poco raro es que... verás, se supone que quedé en llamarlo por la tarde para hacer algo, pero... pasé.

—Eso no me lo dijiste ayer —contestó Anne enarcando las cejas interrogativamente.

—Sí, bueno. Quería desconectar un poco. No me salió mal del todo, él tampoco me llamó —dijo con una mezcla de alivio y pena.

—No me extraña, debe de estar *acojonadito*... —respondió Anne por lo bajini.

—¿Qué? ¿Por qué?

No tan bajini, al parecer.

—Pues Laura, porque prácticamente le dijiste que estás loquita por él.

—Yo no hice eso.

—Oh, sí. Lo hiciste. Noah tiene mucha experiencia con las tías, Laura. Y sabe detectar señales, por minúsculas que sean. Sabe hacerlo porque es lo que le permite echar a correr cuando las nota.

—¿Cómo sabes...?

—¡JA! Yo también tengo mucha experiencia con los tíos y sé de qué palo

va Noah. Por eso te aconsejé que no dieras un paso en falso con él, si mal no recuerdo.

—Cierto —aceptó Laura con resignación.

En ese momento entraron Noah, Robert y Aitor por la puerta y ya no pudieron decir nada más sobre el tema. La comida transcurrió con normalidad, dadas las circunstancias. Laura había esperado algo del ambiente tenso del día anterior, pero parecía ser que ambos podían seguir manteniendo conversaciones fluidas a pesar de todo. Eso la tranquilizó en cierto modo, aunque en su fuero interno debía reconocer que le molestaba la idea de que él pretendiera seguir como si nada hubiera ocurrido.

Quizá nada había cambiado.

Quizá todo era como antes.

Peor. Como *antes* de antes.

Como cuando iban ambos al instituto y ella era prácticamente invisible para él. Laura había logrado superar aquella época y se sentía orgullosa del resultado: eran amigos de los de verdad. Pensaba que aquello que una vez sintió no fue más que el producto del fragor de la adolescencia. Una mezcla apasionada de hormonas, juventud y *chico-guapo*. A la luz de los últimos acontecimientos, todo indicaba que debía replantearse su teoría. Aunque quizá no valiera la pena, visto lo que él pensaba del asunto.

Durante la comida, arriesgó varias miradas a su amigo. La mayor parte de las veces, estaba concentrado en su plato o en la conversación de ese momento, pero otras lo había pillado mirándola del mismo modo que ella, a escondidas. Cuando ya estaban terminando, le hizo una señal para hablar con ella en privado. *Oh, oh.*

—Ayer no me llamaste —empezó Noah, intentando que su tono no fuera acusatorio, aunque sí decepcionado.

—No. Me dolía la cabeza —mintió descaradamente, y, al alzar la vista, se percató de que no colaba.

Aún así, Noah le concedió el respiro.

—Ya... Oye, por mi parte, todo va a seguir como antes, ¿vale? Me gustaría que lo nuestro no cambiara...

—¿Lo nuestro? —terció incrédula.

—Lo que tenemos nosotros —aclaró él con impaciencia—. Me encanta estar contigo, compartir un montón de cosas, sé que puedo contar contigo y quiero que tú sientas lo mismo. No quiero que esto cambie por... por la

tontería del sábado. Así que... ya te dije que lo sentía...

—Sí, lo hiciste, así que ¿a qué viene todo esto? —Laura cortó la nueva retahíla del «*ha sido un error*». Tontería. Lo había llamado tontería.

—Pues... lo cierto es que noto... algo extraño. Te noto distinta y... no quiero perderte —terminó apresuradamente.

Oh, sí. Faltaba el «*no quiero perderte*».

No podía ser que Noah tuviera miedo de perderla a estas alturas. Su relación era sólida. Era posible que ella estuviera rara (qué perspicaz Noah cuando quería), pero no entraba dentro de sus planes cortar con él por lo sano. Quizá sólo una distancia temporal para que las cosas volvieran a su cauce, para volver a encerrar ciertos pensamientos en el lugar de donde habían salido.

¿Se lo permitiría él? No era como si fuera a preguntárselo.

—Escucha: no vas a perder a nadie. No ha pasado nada. Estamos bien, ¿vale? Como siempre. Así que tranquilo —se oyó decir ella. Estaba haciendo buen papel, cuidando de él, tranquilizándolo como si no fuera ella el motivo de su inquietud.

—Está bien. —A Noah no terminaba de convencerle aquella conversación, pero no iba a insistir. De momento—. Luego te llamo y vemos qué hacemos.

Se acercó y le dio un beso rápido en la mejilla. Se despidió del resto y salió volando hacia su facultad.

Laura se quedó allí de pie, pensando en cómo se las iba a apañar durante los próximos días, hasta que se aclarara su caótica mente. Necesitaba algo de tiempo... y las excusas al final no le valdrían a Noah. Lo conocía muy bien. Miró a Anne, que parecía estar leyendo todo lo que pasaba por su cabeza. Y se encogió de hombros.

7

Noah se puso la chaqueta, cogió las llaves y la cartera y salió de casa para reunirse con sus amigos. Cada jueves por la noche quedaban en el Bronze para jugar al billar, mientras tomaban una cerveza y planificaban el próximo fin de semana. Casi todos ellos residían en la ciudad, alejados de sus familias por cuestiones de estudios o trabajo, lo que resultaba en una fuerte cohesión de grupo.

Él había llegado a la ciudad hacía cuatro años y sólo conocía a Laura, su compañera y amiga del instituto. Habían escogido carreras diferentes y ella vivía con su compañera de clase, Anne. Él, por el contrario, vivía sólo. Conoció a Robert en la primera semana de universidad y el resto de integrantes fueron llegando, amigos de amigos y algún que otro compañero. Al final, eran su familia del día a día y se sentía bien con ellos. No había piques, ni había presiones, ni compromisos...

Con Laura mantenía una relación especial, ya desde los años de secundaria. Entre tanta adolescente con una preocupante obsesión sobre su aspecto físico e intenciones casi bochornosas de llamar la atención del sexo opuesto (muchas veces, *su* atención), ella se había acercado a él con una sencillez que le aturdió. Simplemente estaba ahí, le sonreía, hablaba con él, le gastaba bromas. No parecía pedir nada a cambio y resultaba muy fácil estar con ella. Sin preocupaciones, podía ser él mismo. Sin tener que estar en guardia. Oh, por supuesto que también quería estar con las otras chicas. Él también era un saco de revolucionadas hormonas adolescentes y sabía que podía tenerlas, unas con más esfuerzo, muchas, con relativamente poco o ninguno.

Sin embargo, jamás se había planteado algo así con Laura. En primer lugar, porque ella no parecía estar interesada en llamar su atención de ningún modo. Y lo cierto era — tenía que reconocer — que él no habría sabido, de haber querido, cómo entrarle. Su relación evolucionó y se estableció prácticamente sola. Fluía. No parecía haber otro camino que recorrer y, además, de haberlo habido, Noah no estaba seguro de querer dejar el que pisaban. Disfrutaba con ella de cosas que no disfrutaba con el resto y eso les

supuso algún que otro problema con las parejas que ambos tuvieron. Quizá porque él tenía la sensación de que aquellas eran pasajeras y la relación con Laura lo era menos, siempre la defendió y protegió.

Y no dejaba de ser curioso —y absurdo— que cuando más problemas tuvo al respecto fue mientras estuvo con Sara, que había sido su relación más estable.

Caminaba por la noche con las manos en los bolsillos, sumido en sus cavilaciones. Ahora las cosas habían cambiado ligeramente y le preocupaba perder esa complicidad y confianza que eran fruto de varios años de amistad. Todo por su falta de autocontrol. Laura le había asegurado que todo estaba bien y que las cosas seguían como siempre.

Pero no era así.

No se trataba de un cambio sustancial, sino más bien de detalles. Pequeñas excusas a la hora de quedar con él. Cierta distancia emocional, aunque bien disimulada. Algunas miradas extrañas entre ellos. No sabía bien qué terreno pisaba y no le gustaba la sensación. Por supuesto, debía reconocer que él tampoco se comportaba últimamente igual que siempre. Sonrió con ironía. La había besado... No, desde luego que no. Su comportamiento había sido el origen de su situación actual, así que tampoco podía culparla a ella por el suyo.

Había insistido en continuar como siempre (¿qué otra cosa podían hacer?), no dar importancia a lo que sucedió en el *pub*. Ya haría él por controlar ese deseo loco y completamente irracional que le poseía últimamente. Eso era cosa suya. Sin embargo, sospechaba que Laura no quería lo mismo que él. No era algo abiertamente declarado, sino más bien, una sensación. Una pequeña reticencia que notaba en ella a aquello que él le pedía.

Y eso le llevaba a pensar... en lo que, al parecer, ella quería. ¿Cómo era posible? Era plenamente consciente de que él la deseaba, pero... ¿ella a él?

No quería saberlo.

Aquello era una condenada locura, los separaría sin posibilidad de volver atrás. Si no sabía, sería más fácil mantenerse en su sitio. Pero, *joder*, *necesitaba* saber.

Llegó al Bronze de un humor bastante oscuro. Esperaba encontrarla allí, con todos los demás. Y *esperaba* no hacer ninguna tontería. Cuando estaba de ese humor, no pensaba con claridad. Abrió la puerta del bar y se adentró en la penumbra. Enseguida divisó al grupo, junto a la mesa de billar del fondo del

local. Algunas luces de neón iluminaban el rincón y ya desde allí supo que Laura no estaba. Se dirigió hacia ellos, mientras se sacaba la chaqueta. Jugaban Aitor y Sonia contra Robert y Paula. Levantó la mano a modo de saludo, ya que la música estaba bastante alta. Sonaba *Inner Smile* de Texas y la canción le hizo pensar en Laura. Anne tampoco estaba, por lo que supuso que estarían juntas en casa. Se acercó a Robert.

—Hola. ¿Y éstas?

Robert enseguida supo a quiénes se refería.

—Ni idea. Anne me dijo que iba a bajar hoy, pero... aún no han llegado—.

Y era bastante tarde ya cuando Noah había atravesado la puerta.

¿Era posible que, de nuevo, estuviera evitándole? Sacó el móvil y miró la hora. Estuvo tentado de llamarla y decirle que se dejara de tonterías, pero se contuvo.

Si era cierta la conclusión a la que estaba llegando con respecto a ella, le debía espacio.

Se lo debía porque él no pensaba ceder.

Sólo había una forma en la que ahora estaba con tías y no pensaba meter a Laura en ese saco.

«*Ni de coña*».

8

Laura y Anne paseaban por la acera de camino al Bronze. Laura no se encontraba de humor para enfrentarse a según qué cosas, pero Anne le había dicho con expresión compungida que había quedado con los chicos para tomar algo, aunque podía quedarse con ella en casa, si quería. Ante aquel *teatrillo* de su compañera de piso, sus opciones para la noche del jueves quedaban reducidas a aceptar la — dudaba que agradable — compañía de una Anne retenida a regañadientes o bien, quedarse sola en casa.

También estaba la tercera opción, hacer lo que hacía cada jueves. Actuar con normalidad. Ninguna le parecía mejor que las demás, así que complació a su amiga y se hizo a la idea de que esa noche no podría evitar ver a Noah.

No importaba, realmente. Tenía experiencia. Había estado practicando en varias ocasiones durante la semana, cuando no había encontrado una buena excusa para no quedar con Noah. No podía ser sincera con él esta vez y pedirle el espacio que necesitaba, porque eso suponía reconocer que sus sentimientos hacia él habían cambiado y, aunque ella era muy consciente de eso, no estaba preparada para que él lo supiera. Noah podía estar actuando como si el beso que se dieron el sábado no hubiera ocurrido, pero ella pensaba actuar como si no estuviera colgada de él, hasta que consiguiera tenerlo todo bajo control de nuevo. Aún así, estaba cansada de interpretar, de simular que no ocurría nada. Ojalá pudiera contar con su amigo para apoyarse en él...

Cuando entraron al Bronze y localizó a los chicos, sintió una mezcla entre alivio y decepción al ver que Noah no estaba. Quizá la noche iba a ser más fácil de lo que había pensado. Se adentró en el bar, directa hacia el grupo, pensando en tomarse algo y largarse a casa.

Una mano de hierro le aferró el brazo, haciéndole pegar un salto.

—¿Ya ni saludas? —Noah tenía cara de pocos amigos.

Ella soltó el aire que había estado reteniendo y lo miró, ceñuda también.

—Hola, Noah. No era necesario que me dieras un susto de muerte — replicó.

—Perdona. —Noah aflojó el agarre y relajó su expresión.

Laura indicó a su amiga que se quedaba ahí y luego volvió a mirar a Noah. No sabía qué más decir o hacer. En los últimos días, habían pasado por muchos momentos así, ambos mudos e incómodos. Había una ligera tensión entre ellos donde antes habían estado las bromas, las risas y las confidencias. Laura lo echaba de menos. No le gustaba el camino que estaban tomando las cosas y pensó que, quizá, Noah tenía razón en intentar que ambos olvidaran la noche del pasado sábado. Él la miraba como si supiera exactamente qué estaba pensando. La conocía demasiado bien.

Noah no apartaba los ojos de su rostro. Casi podía palpar los pensamientos que cruzaban por la mente de Laura. Parecía incapaz de dejar de mirarla. Era preciosa de una forma que nunca antes había sabido ver. Aun en aquella penumbra —o, quizá, gracias a ella— podía apreciar la forma en que se llenaban y perfilaban sus labios. Se imaginó besándolos de nuevo, aunque sabía que no lo iba a hacer. La voz de *Desire* sonaba de fondo, como si de una broma se tratara: «*I don't eat. I don't sleep. I do nothing but think of you...*». Noah la miró a los ojos, reflejando sin saberlo su pequeña obsesión, y ella se pasó nerviosamente la lengua por los labios.

No hizo falta nada más.

Sin poder resistirse, él se acercó y depositó un suave beso en los labios de ella. Enseguida se retiró, apartando la mirada y maldiciendo su penosa fuerza de voluntad. Pero apenas le dio tiempo a ese amago de arrepentimiento, porque al segundo, Laura estaba sobre su boca.

«*Estupendo*», fue el sarcástico pensamiento que cruzó como un rayo por la mente de Noah antes de que no pudiera pensar en absoluto. No, todavía tuvo suficiente lucidez para pegar un tirón de Laura hacia un rincón y sumirlos a ambos en la oscuridad, a resguardo de posibles miradas.

Le acarició los labios con la lengua instándole a abrirlos para poder entrar y le sorprendió que ella estuviera tan dispuesta al juego como él. Se enlazaron en un cálido y húmedo baile. Laura le besaba con intensidad, como si hubiera estado esperando aquello. Noah le acarició la espalda desde la cintura a los hombros y vuelta abajo, sin poder dejar las manos quietas. Ella se colgó de su cuello y le acariciaba la nuca, mientras introducían alternativamente la lengua en la boca del otro. Noah descendió dejando un rastro de besos húmedos por el lateral de su cuello y ella dejó escapar un gemido que se tragó la música.

No podía creer lo que estaba pasando, después de que él le hubiera pedido perdón varias veces y le hubiera repetido hasta la saciedad que no volvería a

ocurrir.

Si su mente no hubiese estado tan nublada en aquel momento, habría sido un mar de confusión. Pero la boca de Noah volvía a estar sobre la suya y no le dejaba pensar. Se apoyó en el cuerpo de su amigo, notando aquella inconfundible erección que ya había sentido en otra ocasión. Él apoyó las manos en sus caderas, apretando con sus dedos, e hizo amago de acercarla a él; pero lo que hizo fue separarla y... dejar de besarla.

Ambos jadeaban, ella con la cara escondida en su pecho y él con el rostro girado hacia un lado y las manos todavía apoyadas en sus caderas. Cuando alzó la cabeza para enfrentarlo, Noah estaba mirándola con gesto indescifrable. Negó ligeramente con la cabeza y ella se apartó de él y desvió la mirada. Entonces notó su caricia en la mejilla con la mano y sintió ganas de pegarle.

De pegarle de verdad, no como parte de una broma, como había ocurrido otras veces. Pero logró controlarse.

Si el humor de Noah había sido oscuro antes de entrar en el Bronze, ahora era completamente negro. No podía seguir tratando a Laura así, pero maldito fuera si había podido contenerse cuando fue ella la que lo besó. ¿No había necesitado saber? Pues ya sabía. Ella sentía algo por él, no sólo mera amistad.

Hacía mucho tiempo — si es que alguna vez lo habían hecho — que nadie le besaba así.

Que nadie le miraba así.

Aquello le daba asco, porque él era un cabrón que no podía estar con una mujer como un buen chico. Pensaba que ella lo sabía pero, por lo visto, no era así y no podía permitir que albergara esperanzas. Iba a anteponer su amiga a su polla y, aunque sabía que iba a comportarse decentemente, eso no le hacía sentirse precisamente bien. Una enorme sensación de pérdida le embargó mientras tiraba de la mano de Laura hacia la calle.

9

—No te entiendo, Noah... —habló Laura nada más pisar la acera, con tono enfadado. Se había soltado de su mano y caminaba a buen paso, por delante de él.

Noah mascullaba improperios en voz baja mientras la seguía. Arrancó a correr para alcanzarla en tres zancadas y le agarró del brazo.

—¡Espera, maldita sea!

La entrada del Bronze daba a una pequeña plaza iluminada por farolas de luz amarilla y resguardada por árboles y setos. Había bancos y un pequeño parque infantil, pero a esas horas estaba prácticamente desierta, salvo por las pocas personas que habían salido a la puerta del bar a fumar. Se resguardaron en la esquina de un pequeño callejón sin salida que el pub utilizaba a modo de almacén.

Laura se giró de golpe y enfrentó a Noah.

—Me pediste que olvidara aquello, que hiciera como si la noche del sábado pasado jamás hubiera existido. Sé que a ti te debe resultar muy fácil hacerlo, todo el mundo sabe la práctica que tienes, pero a mí no y tampoco me estás ayudando precisamente —soltó la retahíla tan seguida que a duras penas se le entendía. No pudo evitar la pulla que le había dirigido, debido a su enfado. Sí pudo apreciar, sin embargo, el cambio en su mirada cuando la dijo.

Era la primera vez que Noah veía a su amiga tan enfadada. O, al menos, tan enfadada con él. Iba a decir algo que sabía que no debía, pero necesitaba hacerle entender que no estaba sola en aquello.

—Es posible que tenga práctica, pero yo tampoco puedo olvidarme de ese beso —dijo en tono muy serio—. De hecho, me está volviendo loco —añadió en un susurro.

—¿Entonces... por qué?

Noah se apoyó en la pared a su lado.

Si no la miraba, le resultaría más fácil.

—Dos semanas antes de que pillara a Sara con Marcos en nuestra cama, llegó una noche a casa y me dijo que estaba embarazada. —Laura abrió los ojos como platos, pero no dijo nada y sabía que él no podía verla desde donde

estaba. De hecho, ella miraba fijamente al suelo. Oyó cómo Noah tomaba aire y lo soltaba lentamente en un suspiro—. En cuestión de pocos minutos, pasé del pánico inicial a una especie de... ilusión, para al final darme cuenta de que era casi imposible que fuera mío. Yo ya sospechaba que ella me estaba poniendo los cuernos hacía tiempo y habíamos discutido mucho sobre el tema. Pero bueno, eso ya lo sabes. La pelea de esa noche en concreto fue brutal, nunca te la he contado, pero... prácticamente llegamos a las manos.

Laura estaba muda.

Recordaba perfectamente aquellas semanas, lo delgado que se había quedado Noah, las ojeras que arrastraba por el campus y las ausencias. Ella, preocupada, intentaba hablar con él, pero éste sólo le decía que estaba atravesando una crisis con su novia y que estaba exhausto por las peleas. Le confesó que pensaba que le estaba siendo infiel y Laura, aunque nunca había terminado de encajar con Sara, le aseguró que todo saldría bien.

Más tarde se había dado cuenta de su error.

Cuatro noches después de aquella conversación, un miércoles, Noah llamó a la puerta de su apartamento cerca de la medianoche. A ella le extrañó que todavía llevara puesta su ropa de entrenamiento, pero lo que realmente llamó su atención fue su cara. Estaba devastado.

—Sara y yo lo hemos dejado. ¿Puedo darme una ducha y dormir esta noche aquí?

Laura le dio un abrazo que él soportó unos segundos para deshacerlo enseguida.

—No tienes ni que pedirlo. Voy a por una toalla y a preparar el saco de dormir...

—Prefiero estar solo —atajó Noah—. Si no te importa... prefiero dormir en el sofá.

—Claro, no hay problema —dijo algo extrañada—. Ya sabes que estás en tu casa.

—Gracias.

—Si quieres hablar...

—Mañana, Laura. Hoy... no. ¿Vale?

—Está bien.

Sara y él habían estado juntos cerca de dos años. A Laura nunca le había inspirado demasiada confianza, pero siempre pensó que era por la poca inclinación que Sara había mostrado por congeniar con ella. Sabía que no le

gustaba demasiado que Noah fuera amigo suyo. No entendía por qué. Sara era alta, bien proporcionada, con una preciosa melena rubia y unos profundos ojos color miel. Una belleza sin ningún pelo de tonta. No había nada que temer. Noah la trataba con devoción y la respetaba. Al menos, así había sido al principio. Después, en opinión de Laura, la relación había ido tornándose un poco obsesiva, con continuos ataques de celos y peleas. Ella presenció algunos y no eran nada agradables. La antipatía y el rechazo que Laura había empezado a sentir aumentaron exponencialmente cuando veía cómo le trataba. A veces no entendía por qué Noah seguía con ella, pero lo respetaba porque él parecía estar enamorado. Y se limitaba a guardarse su opinión —aunque era consciente de que Noah la conocía— y a apoyarle en los malos momentos.

Volvió al presente y reflexionó sobre esa última noticia, que llegaba con meses de retraso.

Ahora entendía muchas cosas.

Pillar a tu novia con otro en tu cama era fuerte, pero pillar a tu novia embarazada de otro con alguien en tu cama era algo... bien, no encontraba las palabras. Repugnante se quedaba corta. ¿Durante cuánto tiempo le habría sido infiel? ¿Con cuántos y cuántas veces? Noah había cambiado, no sustancialmente, pero sí en pequeños detalles. Se había vuelto más cínico, menos inocente. Su sonrisa, aunque espontánea, ya no era transparente y en más de una ocasión había tenido que pedirle perdón por las palabras e insultos que había dedicado al sexo contrario.

Ella empezó a oír los rumores sobre lo que Noah hacía. Cotilleos y risas entre los amigos, palmaditas en la espalda a las que él respondía con una expresión que parecía decir «*bah*». Rumores sobre un tatuaje. Intentó hablar con él, que le contara cosas... y lo hacía, pero no entraba en detalles.

Así había sido durante los últimos siete meses.

Laura se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo callada y percibió la tensión de Noah a su lado. Giró la cara para mirarlo.

—Lo siento. No sabía nada.

Él pareció relajarse cuando ella habló.

—No lo sabía nadie —respondió en voz baja—. Durante mucho tiempo me sentí bastante humillado.

—Ella es la que debería avergonzarse, no tú.

Una leve sonrisa se alzó en el rostro de Noah al pensar en la forma en que ella siempre se puso de su lado durante su relación con Sara. Tras una pausa,

le confesó:

—Ella pensaba que estaba liado contigo. Me lo echó en cara muchísimas veces y no me creía cuando le decía que no. La confianza brillaba por su ausencia entre nosotros —resopló—. De todas formas, yo hubiera sido incapaz de serle infiel. Por aquel entonces —añadió de coletilla, mirándola, con la clara intención de que lo entendiera bien.

Sí, estaba claro que Noah había cambiado a partir de aquello.

Laura se incorporó, separándose de la pared en la que había estado apoyada, y suspiró.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora?

«*Aquí viene la parte difícil*», pensó Noah. Esa en la que él solito se ponía la soga al cuello. Sinceridad. Siempre había funcionado con ellos. Pero nunca habían tratado este tema. Enfrentó su mirada y tomó aire.

—Quiero que entiendas algo. Nunca te he contado nada concreto de las... últimas tías con las que he estado. Pero sé que has escuchado rumores, soy consciente de que sabes qué tipo de chicas son y, si no son de ese tipo, a mí me da igual. No me paro a pensar si hiero sus sentimientos, si es una o son tres, si es morena o pelirroja. Todo me da igual... ¿me comprendes?

—Sí — aceptó ella—. En el fondo te entiendo. Tienes motivos de sobra. —Laura también comprendía que Noah estaba intentando escandalizarla. Iba listo—. No me asustas, Noah.

En todo caso, ahora mismo era él quien le parecía un lobo asustado, intentando parecer fiero sin conseguirlo. Era de locos, pero en lugar de borrar sus ganas de estar con él, había logrado que ella quisiera más. Le enternecía de una forma que sabía que él no iba a aceptar. Le pasó una mano por la cara en una caricia suave.

Él perdió por un momento el hilo de sus pensamientos. Al recuperarlo, se dijo que la cosa no iba bien.

—No pretendo asustarte. Sólo quiero que entiendas por qué... no puedo estar contigo.

Tragó saliva mientras esperaba su respuesta.

Bien podía decirle que ella no le había pedido tal cosa. Podía ponerle las cosas más difíciles y hacer que él le explicara que sabía que sentía algo por él, aunque no supiera con precisión qué.

Podía mandarlo a la mierda.

O podía complicar las cosas del todo y besarle de nuevo.

Aunque no le gustaba lo que estaba oyendo, Laura estaba emocionada por la forma en que él parecía estar previniéndole.

Protegiéndola de... él.

No tenía ni idea.

No pudo evitar cogerle la cara con ambas manos y besarlo. Lo que empezó como algo tierno e inocente cobró intensidad en poco tiempo y de nuevo se encontraron besándose con desesperación. Entre la bruma de su mente, Laura fue capaz de pensar en el peligro de aquello... Era consciente de estar encendiendo su propia hoguera, pues por lo que sabía, Noah iba a rechazarla. No entraba en sus planes estar con ella de ninguna otra forma que no fuera como amigos. Y ella quería estar con él, lo deseaba aún a riesgo de perderlo como amigo. Empezaba a no importarle entrar a formar parte del poco exclusivo club de «chicas de Noah». Y sí, eso era peligroso.

Noah reunió la voluntad para separarse de esos labios. Otra vez. Antes de apartar el rostro pudo ver el gesto dolido de ella. *Joder*, aquello se le estaba yendo de las manos. No quería hacerle daño, pero no parecía poder evitarlo.

—Me importas mucho —dijo con voz ronca, como si eso lo explicara todo. Volvió a mirarla. No sabía si lo decía como una excusa o como sucedáneo de la declaración que pensaba que ella quería escuchar.

Laura todavía jadeaba con la mirada perdida en algún punto del suelo.

—No lo suficiente —respondió, imprimiendo un desdén a las palabras que intentaba disfrazar su dolor.

—Lo suficiente como para que no te *folle* como a las otras. —Se arrepintió conforme salieron las palabras de su boca... y más todavía cuando Laura alzó bruscamente la cabeza para mirarlo y pudo ver la humedad acumulándose en sus ojos.

—Nunca he querido que me folles *como* a las otras —le dijo.

Sus miradas estuvieron conectadas durante lo que pareció una eternidad. En la cabeza de Noah, los pensamientos fluían como rayos: «*lo siento, no quería herirte*»; «*no soy bueno para ti, ahora no*»; «*déjame abrazarte y darle una paliza al cabrón que te ha hecho daño*». Pero no dejó que nada de eso transluciera en su cara.

Ya tenía la sogá al cuello.

Laura se limpió con el dorso de la mano una solitaria lágrima que se deslizaba por su mejilla y salió corriendo hacia el Bronze. Él se quedó allí

fuera, dejando resbalar su espalda por la pared hasta quedar apoyado en cuclillas y maldiciendo por lo bajo.

10

—Estoy preocupada. No se hablan en absoluto. Hace días que no veo a Noah por casa y ella... *ufff*, está insoportable.

Anne y Robert estaban sentados en el borde de la piscina, secándose al sol mientras las brasas terminaban de hacerse. Aunque ya había empezado el curso, todavía hacía calor y habían decidido aprovechar esos últimos días de verano para hacer una barbacoa en la casa de campo de Aitor.

La liguilla universitaria de fútbol había empezado ese domingo y, como siempre, ellas se habían sentado en la grada para verlos jugar, mientras metían mano a una enorme bolsa de pipas. El partido, aun siendo el primero, no había estado exento de tensión. Sobre todo durante el segundo tiempo, Noah había estado especialmente agresivo, gritando órdenes a diestro y siniestro desde la portería. Robert había tenido que acercarse un par de veces para ponerlo en su sitio.

Tras el partido, Noah había salido del vestuario con una mano vendada.

—Lo sé —respondió Robert, alzando una ceja—. Noah está igual de insoportable. La diferencia entre tú y yo es que tú, al menos, pareces saber de qué va el rollo. Yo me trago las pullas sin saber a santo de qué... ¿Lo has visto en el partido? He tenido que ir y cantarle las cuarenta. No es propio de él, suele estar muy centrado cuando juega.

—¿En serio no sabes de qué va la cosa? —se sorprendió Anne.

—No, en absoluto. A no ser que se hayan peleado por el dichoso beso del sábado pasado... —levantó los hombros con resignación—. Sé que no me vas a contar nada más.

—No puedo. Debería ser uno de ellos quien lo hiciera. Pero sí quería preguntarte algo: ¿cómo diablos se ha lesionado Noah? No parece haber sufrido ningún golpe durante el partido...

Robert soltó una pequeña risa, por lo absurdo de la cuestión. Al terminar el partido, Noah seguía con su peculiar humor de los últimos tres cuartos de hora y al entrar en el vestuario, había ido directo a cruzar unas palabras sobre el partido con David, el capitán. Y luego, cuando éste se fue hacia las duchas, Noah había lanzado un puñetazo contra la pared. Un compañero estudiante de

fisioterapia le había vendado la mano.

—Le ha pegado un golpe a la pared...

—Pero...

—... y no sé nada más, así que no me acribilles a preguntas. —Levantó las manos, a modo de rendición—. A mí se me ha quedado la misma expresión de *flipado* que a ti...

Anne estaba mirando a Laura y Robert giró la cabeza en la misma dirección, a tiempo de ver cómo ella se acercaba a Noah.

Laura no sabía si acercarse a él. No habían hablado desde la noche del jueves en el Bronze. A pesar de sufrir una mezcla de enfado, decepción y dolor, sentía que Noah seguía siendo su amigo y al verle con la mano vendada se decidió, a su pesar, a preguntarle. Tuvo que reunir valor, pues no sabía cómo iba a reaccionar él, dada el matiz de animadversión que teñía últimamente su relación. Y ella ya no estaba para soportar más plantones ni desaires.

Noah llegó a casa de Aitor cuando ya casi todos estaban allí. Llevaba una mochila con el bañador, la toalla y demás artículos imprescindibles para un día de barbacoa. Paró un momento en la cocina de grandes ventanales que daba a la piscina y el jardín para servirse un vaso de agua, antes de ir a quitarse los vaqueros y la camiseta para ponerse el bañador.

Estaba agotado. Y cabreado. Por mil razones. La principal era que, a pesar de estar decidido a no portarse con Laura como con las demás chicas que desfilaban por su vida, ella parecía no valorar su esfuerzo. Porque, aunque su autocontrol no fuera precisamente ejemplar, estaba esforzándose de verdad. Sin embargo, ella se limitaba a evitarlo, mostrando indiferencia en el mejor de los casos y *miradas-que-matan*, en el peor. Para contribuir a su especial y voluble estado de ánimo, estaba el hecho de que parecía haber perdido la capacidad de tratar con otras mujeres en absoluto. El viernes salió de caza, porque el encuentro con Laura la noche anterior todavía mantenía sus terminaciones nerviosas excitadas. Encontró *víctima* enseguida, pero... no pudo hacerlo. El sábado, cuando estuvo seguro de que ella ya no aparecería en toda la noche, lo intentó de nuevo. No le detuvo siquiera la censuradora mirada que Anne le dirigió cuando le vio desaparecer con aquella preciosidad pelirroja cuyo nombre ni siquiera recordaba. Diez minutos. Transcurridos los cuales, se largó a su casa dejando a la chica con ganas de más y aceptando que

no había sustitución posible para lo que le obsesionaba.

Tragar con aquello iba a ser duro.

La gota que colmó el vaso había sucedido esa misma mañana. Cuando ella, Anne y Sonia habían bajado hasta el banquillo a saludarles durante el descanso del partido, Laura había mantenido las distancias con él y David, el delantero centro, se le había acercado. Hirvió de rabia cuando lo vio flirtear con ella y los celos le habían cegado cuando ella le había devuelto el flirteo. Aquella reacción primaria lo había descolocado. «*Ella es mía*» parecía decir todo su cuerpo.

Bueno, que alguien viniera y le dijera ahora que no era un *cabrón* egoísta.

Renegando al recordarlo y rebozándose en su espeso humor, al alzar la cabeza para beberse el agua, vio que ella se acercaba. Que fuera sólo con un pantalón vaquero corto y la parte de arriba del bikini no ayudaba mucho, pero logró fijarse también en que su mirada era cautelosa e intentó serenarse.

—Hola, Noah —dijo ella primero.

—Hola —contestó, mientras dejaba el vaso, aún con la mochila negra de Adidas colgando de un hombro—. ¿Cómo estás? —Vaya, estaba siendo civilizado, lo que ya era mucho teniendo en cuenta su «último golpe». Y era literal.

—Parece que mejor que tú —respondió Laura haciendo un gesto a su mano vendada—. ¿Duele?

—No —murmuró, notando cómo el rubor teñía sus mejillas al pensar en cómo se lo había hecho. No era muy propio de él—. Con el vendaje parece peor de lo que es, pero en realidad es un rasguño en los nudillos. Cosas de ser portero.

—Bien... sólo quería saber cómo estabas —dijo, mientras comenzaba a retirarse.

Lo que dijo él a continuación no debió de salir nunca de su boca, pero lo comprendió después.

—David no es un buen tipo.

—¿*Qué*? —Laura ya se había girado para reunirse en la piscina con los demás, pero lo encaró de nuevo. Su mirada cautelosa había desaparecido y ahora lo miraba con unos profundos ojos castaños impregnados de incredulidad y un leve ceño fruncido.

—Quiero decir... te he visto hablando con él y... creo que deberías saber cómo es... —continuó Noah, incómodo. Era consciente de que estaba siendo

absurdo.

—¿Y cómo es? —preguntó con tono venenoso—. No me digas que es de los que se tiran a una tía cada semana, o mejor, cada día. No me digas que no le importa si es una o son dos, o las que sean, «si son rubias o morenas» —le parafraseó—, o si están con alguien. No me digas que es de los que te utilizan y luego no les vuelves a ver el pelo. Que es de los que todo les importa una mierda. ¿Es eso lo que estás intentando decirme, Noah? —preguntó, intentando sin éxito contener el enfado. Aquello era el colmo.

La expresión de él ya no era avergonzada. También había aparecido un profundo ceño sobre sus ojos que avisaba de que se avecinaba tormenta. «*Bienvenida sea*», pensó Laura. Últimamente había demasiadas ocasiones en que quería atizarle un buen puñetazo a su amigo del alma.

—Puede que no te des cuenta, pero intento protegerte de tíos así —declaró con voz dura. Y dejó bien claro que se incluía en el grupo.

Ella tomó aire en un hondo suspiro, intentando tranquilizarse. Aquello era como toparse con un muro de hormigón. El cabezota de Noah no pensaba dar su brazo a torcer y ella tenía muy claro lo que quería. Así que estaban en un punto muerto. Aquello no iba a avanzar y él no tenía derecho, entonces, a pedirle eso. No era justo que él buscara lo que ella quería darle en brazos de otra y, sin embargo, no le permitiera hacer lo mismo. ¿Qué más daba el tipo de chico que fuera? Intentó explicárselo.

—Noah, no puedes hacer esto —pidió.

—¿El qué?

—Hay... *cosas* que siento por ti; ni siquiera estoy segura de qué, pero sé que eres muy consciente de ello —por tanto estas palabras sobraban, pero le había obligado a decirlo en voz alta—. Si no quieres... si *por lo que sea*, no quieres arriesgarte, no puedes pretender que yo no hable siquiera con otros chicos. No, mientras tú vas de flor en flor, como siempre... sin importarte nada, como me dijiste. —Algo se estaba rompiendo entro de Noah al escucharla hablar así—. No puedo quedarme a verlo, necesito espacio. Soy capaz de entender que tú no sientas lo mismo. Incluso hacer un esfuerzo y comprender que, aunque eres capaz de liarte con cualquier que se te ponga a tiro, yo no te inspiro eso, pero... *necesito* espacio.

—¡Joder, Laura! —masculló como toda respuesta, mientras tiraba de ella hacia la habitación contigua y cerraba la puerta, apuntalándola con lo primero que pilló a mano. Una silla.

Se dio la vuelta y la abrazó, dejando caer descuidadamente la mochila al suelo. Sus labios se unieron en un beso salvaje. La cogió de sus caderas, con toda la intención esta vez, y empujó con las suyas, presionando su duro sexo contra ella y asegurándose de que lo sentía. Separó su boca lo justo para susurrar con enfado—: Lo notas, ¿verdad? Sabes lo que significa, no creo que seas tan inocente. —Su respiración se había acelerado y contuvo un gemido cuando ella adelantó sus caderas en respuesta—. *Te deseo*, maldita sea. No sé cómo hemos llegado hasta aquí, pero no puedo echarte un polvo y girar la cabeza hacia otro lado después. No puedo hacerlo contigo.

En ese momento, la mente de Laura hizo *clic*.

Le quería.

Estaba enamorada de aquel cabezota. El sentimiento se desveló con una claridad cegadora en su cabeza, cuando comprendió que él se estaba conteniendo, que deseaba lo mismo que ella, pero no quería hacerle daño.

Bueno, ella no podía contenerse más...

11

Noah vio la determinación en sus ojos justo antes de verse arrastrado de nuevo a un tórrido beso. Aquello era una locura, todos sus amigos estaban al otro lado de la pared, aunque el sonido de la música era atronador allí fuera y la persiana estaba bajada. Si no paraba ya, no podría hacerlo, porque, siendo sinceros, estaba harto de contenerse. Aun así, hizo el intento.

—Tenemos que parar —logró decir en un poco convencido (y convincente) susurro, mientras dejaba un reguero de besos a lo largo del lateral del cuello de Laura. Ella le estaba acariciando la espalda, clavándole los dedos cuando él encontraba un punto más sensible y se dedicaba a torturarlo con la lengua.

Noah acariciaba la espalda casi desnuda de Laura con una mano y mantenía la otra sobre su trasero, donde podía controlar mejor el ángulo y la cadencia de sus embestidas. Aun con los vaqueros de ambos de por medio, era extremadamente consciente del calor que estaban generando. Estaba tan duro que el roce de la tela sobre su sexo era una tortura. Las manos de Laura bajaban tentativamente, él sabía hacia dónde se dirigían y le estaba poniendo muy nervioso el que no terminara de decidirse. A punto estuvo de cogerla y posarla sobre su propio glúteo, pero, al fin, ella se le adelantó. No pudo esconder un gemido cuando le apretó. Dio gracias porque los *colgados* de sus amigos estuvieran tentando a los vecinos de llamar a la policía por tener la música tan alta.

Laura respiraba en cortos y rápidos jadeos. Simplemente sentir su mano erizando su espalda mientras con la otra le empujaba contra su erección era una de las experiencias más eróticas que había tenido en su vida. Se besaban con auténtico desespero, uniendo sus lenguas en un baile húmedo y sinuoso, lamiendo sus labios y acariciando todo aquello que alcanzaban con la boca. Ella quería llevar su mano al frente de sus pantalones. Sentía una poderosa atracción hacia esa zona, pero no se atrevía. Escondió la cara en su cuello cuando sintió que Noah apartaba la cortinilla del bikini y pasaba muy suavemente un pulgar por su pezón. Ella gimió... y gimió, y gimió conforme él repetía aquel suave movimiento. Las caderas de él se apretaron manteniendo

un abrazo de acero con las de ella, estimulando el vértice de sus muslos. Al separarse, ella bajó con timidez una mano y comenzó a soltar uno a uno los botones de los tejanos.

Noah pensó que se correría con sólo sentir sus nudillos desabrochándole el pantalón. Cuando ella metió la mano en el interior de sus bóxer y envolvió sus dedos alrededor de su miembro, dejó su pecho para coger su muñeca y detener la caricia. Ambos se miraban, respirando como si hubieran corrido una maratón, comunicándose con la precisión que las palabras no habrían logrado, calibrando la repercusión de la decisión que pendía sobre sus cabezas.

Y en el instante siguiente... se perdieron.

Nunca podría recordar cómo había tenido el suficiente tino para lidiar con el botón de los shorts vaqueros de ella y conseguir desabrocharlo. Ella fue mucho más hábil, al bajarlos y deshacerse de ellos de una patada. Noah se lanzó a chupar y succionar el pezón que aún tenía a la vista, mientras la cogía por los muslos y la aupaba, dejando el pecho a su altura y sus caderas unidas. Se echó hacia atrás, para apoyar su espalda en la pared. La punta de su pene rozaba la tela del bikini negro que aún estaba entre los muslos de ella. Estaba mojada y aquel simple roce lo estaba volviendo loco. Con una mano, apartó hacia un lado el bañador y la acarició, introduciendo un dedo, comprobando que, efectivamente, estaba muy húmeda.

Y aquello era por él.

Soltó un profundo gemido y se confundió con el de ella, que intentaba mover sus caderas sobre aquel invasor. Noah sacó el dedo, lo chupó y apuntaló la ardiente punta de su miembro en la entrada de ella. Y sin apartar la vista, la penetró de una embestida. El alivio que sintió fue momentáneo y engañoso, pronto empezó a moverse a un ritmo brutal, en largas estocadas en las que prácticamente sacaba su sexo fuera para enterrarlo de nuevo hasta la empuñadura. Echó la cabeza hacia atrás para poder tomar aire, preguntándose por qué coño se sentía tan caliente y húmeda, tanto que pensaba que iba a arder en aquel infierno particular. Volvió a succionar su pecho con la boca, mientras seguía pistoneando con las caderas.

Entonces fue vagamente consciente de que no se había puesto protección. Ni siquiera había pensado en ello.

Pero estaba más allá de su voluntad detenerse. Simplemente, no podía hacerlo. Estaba fuera de control y prácticamente al borde del abismo. Se

dirigió trastabillando, los pantalones por las rodillas, hasta sentarse con ella encima sobre lo que parecía ser un sofá. Quizá si estaba ella encima podría relajarse...

Laura acabó a horcajadas sobre Noah, y notó con ello como él se hundía hasta lo más profundo de sus entrañas. Pero permaneció quieto, como una estatua, sólo su pecho subiendo y bajando. Abrió los ojos y le vio, el brillo delator en sus ojos... Ella comenzó a moverse, ajustando la posición y encontrando el ritmo de nuevo. Noah alzó las caderas para permitirle acceder mejor y en pocos segundos, ambos volvieron a llenar el ambiente con los sonidos ahogados de gemidos y jadeos. Laura empezó a sentir las contracciones precursoras del orgasmo y no pudo detenerlo cuando Noah succionó de nuevo su pezón con avidez mientras acariciaba con el pulgar el otro. Se refugió en su cuello, ahogando los gritos que le subían por la garganta, sintiendo como su sexo se apretaba en torno al eje duro y caliente de él.

Y en cuanto todo acabó, se sintió de repente vacía.

A duras penas pudo Noah aguantar a que ella terminase para salirse y dar un tirón a sus bóxer para cubrirse. Se corrió profusamente en su interior, apretando con la palma de su mano, la cabeza echada hacia atrás, conteniendo el aliento.

Joder, aquello era demasiado bueno.

En los momentos que siguieron, fue ligeramente consciente de que su perturbada mente había tenido la decencia de evocar un pensamiento recordándole que no llevaba puesto un condón. Y había conseguido retirarse a tiempo, se merecía una maldita medalla. Abrió los ojos y la vio aún sobre él, con expresión perezosa y satisfecha, aunque ojos atentos, con la ropa desmadejada y el pelo revuelto. Se le hinchó el corazón, porque nunca había visto nada tan hermoso. Sin embargo, no dejó que la sensación durara.

Porque ahora tenía que dejarla ir y no sabía cómo iba a hacerlo. No después de aquello.

—¿Estás bien? —le preguntó. Desde que había sugerido que debían parar hasta ese momento, no podían haber pasado más de diez minutos. Aquello había sido sexo desenfrenado y no sabía hasta qué punto ella estaba acostumbrada a ese trato, ni si al final había podido llegar a... Laura asintió con una sonrisa esquiva—. ¿En serio? ¿No lo dices por ser amable?

—Estoy muy bien, Noah —le aseguró. Había grabado en su retina la

imagen de él mientras llegaba al orgasmo, aquella expresión casi agónica, los dientes y los ojos apretados y la piel brillante por el sudor. Era magnífico. Y ella no era tonta, sabía que aquello había sido un momento fuera del tiempo.

Él frunció el ceño cuando una idea le cruzó por la cabeza.

—Escucha. Nunca, jamás, vuelvas a dejar que un tipo como yo se acueste contigo sin protección, ¿de acuerdo? —Ella abrió mucho los ojos—. Yo siempre llevo cuidado y me protejo, pero no todos lo hacen, ¿vale?

Que él hablara como si ella fuera a estar en breve de esa forma con otro la enervó, pero que sacara a colación sus frecuentes relaciones sexuales justo en aquel momento, cuando ella aún estaba encima de él, la puso de muy mal humor.

—Anne me dijo que anoche saliste del *pub* con una chica. Y que ya no se os vio el pelo en toda la noche —dijo, notando cómo la bilis subía por su garganta, al caer de pronto en ello. Intentó levantarse de encima de él mientras se recomponía el bikini, pero Noah pegó un tirón y la mantuvo en su sitio.

A él no le extrañaba que Anne hubiera corrido a decírselo a su amiga. En parte, esa había sido su intención, una manera más de poner distancia. Sin embargo, no esperaba en absoluto el giro que los acontecimientos habían tomado ese día y ahora no sabía cómo encajarlo. Seguía pensando que la poner distancia era la mejor opción, pero de ninguna forma iba a dejar que ella pensara que la tenía en tan baja estima.

—No pasó nada. —Ella había girado la mirada—. Mírame, Laura, joder. No hice nada con esa chica, de verdad. —No le creía, lo veía en sus ojos. Bien, su fama le precedía y se había asegurado de que ella entendiera cómo se relacionaba con el sexo opuesto.

—Cuéntamelo —le pidió.

Noah tomó aire y lo dejó salir.

—Salí con ella del *pub* —concedió—. Fuimos hasta mi coche. Cambié de opinión y me fui a mi casa. *Solo*. Fin de la historia.

—Pero querías hacerlo.

—Sí, maldita sea. Es lo que hago, te lo he advertido y tú lo sabías incluso antes de eso —movió la cabeza, negando—, pero no quiero que pienses que soy capaz de follarme a una tía una noche y luego hacer contigo lo que acabamos de hacer. A tanto no llego.

Laura se dio cuenta de que hablaba como si tuviera toda la intención de seguir con ese ritmo. Salir, una chica distinta, anónima, cada día. Volver a casa

con su sonrisa vacía.

No podía soportarlo.

Significara lo que significase lo que acababa de pasar entre ellos, nada había cambiado sustancialmente. Oh, sí. Ella ahora era consciente de que estaba loca y profundamente enamorada de Noah. Si él llegara a saberlo... le faltarían piernas. Era una situación ideal, pensó con macabro humor.

Noah miraba los profundos ojos castaños de su amiga, mientras ella se levantaba de su regazo. Sospechaba que no estaba especialmente entusiasmada con lo que acababan de compartir.

No la culpaba, él estaba conmocionado.

—¿Te arrepientes? —se atrevió a preguntar en voz tan baja que no estuvo seguro de que le hubiera escuchado.

Laura sólo podía responder una cosa a eso, si no quería anunciar con luces de neón que estaba loca por él.

—Sí.

Joder.

—No pienses más en ello —murmuró, escondiéndose tras una máscara de pragmatismo—. Es probable que, ahora que ha ocurrido lo que ambos queríamos, podamos dejarnos de tonterías y seguir como estábamos. Me importas mucho, eso lo dije en serio. Sigues siendo mi mejor amiga y te quiero como tal. ¿Vale?

¿De verdad pensaba que, si no habían sido capaces de olvidar un beso, podrían olvidar tan fácilmente aquello? Le entraron ganas de reírse, pero contuvo la carcajada. No era momento ni lugar para parecer una lunática.

—Vale, Noah —concedió con sarcasmo, mientras se daba la vuelta y recogía sus pantalones. Se los puso, abrió la puerta y salió, dejándolo en la penumbra.

Ya vería cómo se las apañaba con aquel embrollo. Podía intentar seguir el consejo de Noah... pero saber que él iba a estar con otras le hería en lo más profundo. Ahora que sabía cómo era el sexo juntos.

Ahora que sabía que estaba enamorada.

12

Noah salió de la ducha y se envolvió una toalla alrededor de las caderas. Se cepilló los dientes y, al incorporarse, se quedó observando la imagen que le devolvía el espejo. El hombre de enfrente le miraba fijamente con un atisbo de insolencia, como retándolo. *¿Retándolo a qué?* Las manos le temblaron levemente al darse cuenta de que apenas se reconocía; cruzó los brazos sobre el pecho para calmar la sensación.

Estaba muy cómodo con su actual existencia como predador nocturno. Nunca más volvería a ser el cazado. Era consciente de que se había convertido en un cínico al que muy pocos conocían más allá de los muros invisibles que había levantado a su alrededor, pero no le importaba. Sin embargo, nada, hasta ese día, le había hecho enfrentar su mirada como lo hacía en ese instante. A través de ella, recorrió los recovecos de su conciencia en desuso.

Su corazón se saltó un latido al pensar que se había acostado con Laura. Bueno, «acostarse» no era la palabra técnica, ¿no? Resopló al recordar que el encuentro apenas había durado diez minutos. No había habido prácticamente preliminares. No se habían quitado la ropa. No había habido condón («*¡por diosss!*»). Sabía muy bien cómo complacer a una chica, pero con Laura todo había respondido al instinto casi animal de estar dentro de ella.

Y ella había dicho que se arrepentía...

Se presionó el plexo solar en un intento fallido de deshacer el nudo que atenazaba la boca de su estómago. *Aquello no podía volver a estar pasando.* Él perdiendo el control, la cabeza, estando de nuevo en manos de alguien que *se arrepentía.*

Él queriendo más...

Se terminó de secar, envuelto en una bruma de hostilidad. Se puso unos calzoncillos y se fue a la cama, rezando para poder dormir tranquilo.

Odiaba los lunes. No, no era cierto del todo.

Odiaba aquel lunes.

Tenía clases de ocho de la mañana a tres de la tarde y un dolor de cabeza le iba a hacer compañía durante aquellas horas. Si tuviera que apostar por la

causa, lo haría a favor del sol y del alcohol de la tarde anterior.

Una tarde *genial*.

No sabía cómo se iban a desarrollar los acontecimientos después de su encuentro a solas con Noah, pero la tarde discurrió sin incidentes, cada uno en un extremo del jardín, convenientemente escudados por más gente. Ni un resquicio de oportunidad para entablar conversaciones privadas. Era posible que ambos fueran unos ineptos sociales, pero la verdad era que Laura no tenía ganas de hablar del asunto y no pensaba tomar iniciativa. Sí que tomó, sin embargo, algún que otro cóctel (ahora pensaba que, probablemente, alguno de más) y desde luego, tuvo millones de oportunidades de hablar con Anne, quien no dejó de pincharle y pegarle codazos durante todo el rato para que le contara qué es lo que había pasado ahí dentro. No sirvió de mucho que le dijera que hablarían cuando llegaran a casa.

Por la noche, mientras Anne la escuchaba, pudo observar cómo el rostro de su amiga pasaba de la incredulidad al asombro. Aquello no era buena señal. Por lo visto, era tan *fuerte* como a ella se lo parecía.

—No sé qué decirte —le confesó—. Vuelvo a preguntarte: ¿tú qué sientes? —le dijo en un tono cargado de tacto.

Laura había bajado la mirada un momento, pero enseguida volvió a enfrentarla.

—Estoy colgada por él —le dijo sin ambages. Tras una pausa, añadió—: Pero él, ya sabes, no quiere líos. No piensa comprometerse con nadie y yo no quiero estar de esa forma con él. No creo que pueda soportarlo.

—¿De esa forma? ¿Quieres decir ser una más? Me sorprende siquiera que te lo hayas planteado. No puedes entrar en ese juego —le advirtió Anne. Ella le había lanzado una mirada cargada de ironía. «*Tú juegas el mismo juego*». Y Anne no hizo como si no lo captara—. Lo sé, lo sé —respondió, alzando las manos—, pero es diferente. Yo estoy en la posición de Noah, no en la tuya. No siento nada por los tíos con los que estoy.

Aquello hirió levemente el corazón de Laura. Oh, sabía que Noah sí sentía algo por ella, sabía que la respetaba y que le importaban sus sentimientos, pero aun así... no era suficiente.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó a Anne, un intento a ciegas por comprender algo.

—Diversión. —Se encogió de hombros—. No he encontrado aún a alguien que valga la pena. Mientras, voy tanteando. Pero Noah... A veces no parece

que lo haga simplemente por diversión. Tengo la sensación de que busca algo más...

«*Si tú supieras*», pensó Laura. Pero no podía contarle los entresijos más retorcidos de su relación con Sara.

—Está bien, sé que hay cosas que no me puedes contar. De todas formas, yo creo que Noah te quiere. —Laura abrió mucho los ojos y abrió la boca para corregir a su amiga—. Escúchame, antes de decir nada. Está claro que quiere estar contigo. Es un cabezota al que puede que le cueste darse cuenta y reconocerlo, y por el camino te haga daño sin querer, pero...

—No, Anne. Él no quiere...

—Piénsalo, Laura. —Anne estaba completa e irracionalmente empeñada—. De forma platónica habéis funcionado de maravilla durante años y ahora quiere, *queréis*, otra cosa. Le falta unir ambas partes de la relación, aunque tengo la sensación de que hay algo que le detiene.

«*¿No me digas?*» Laura bufó. Su amiga era imposible cuando algo se le metía entre ceja y ceja. Aun así, comprendía que lo hacía con buena intención y que la apoyaba. Ella había terminado contándole el ínfimo detalle de que no habían utilizado protección. «*Tendremos que estar pendientes del calendario*» había contestado Anne, pero luego le había restado importancia. Las probabilidades eran mínimas. Eso esperaba...

A diferencia del día anterior, estaba nublado y lloviznando, así que ambas, Laura y Anne, se dispusieron a echar una carrera por el campus, carpeta sobre la cabeza, hasta el aulario donde tenían clase. Al salir de la cafetería, Laura, que ya iba cubierta y mirando hacia el suelo, se chocó con alguien. Murmuró un «perdona» dispuesta a seguir su rumbo, cuando le cogieron por el brazo.

—Eh... —dijo una voz conocida. «*Genial*».

—Eh... —respondió ella, resignada al encuentro.

Noah se apartó del grupo de compañeros de clase, que entraron a la cafetería, y la arrastró con él para resguardarse de la llovizna. Anne les siguió, aunque guardó cierta distancia y se puso a trastear el móvil para darles algo de privacidad.

—Vaya día, ¿eh? —dijo por decir algo. Aunque le costara, no iba a evitar su mirada.

—Sí. Han dicho en la radio que es pasajero. —La voz de Noah, aunque con un punto de tensión, era amable—. Esta tarde hará sol y calor de nuevo. ¿Te apetece quedar para patinar? Hace tiempo que no me los pongo. Te vas a

poder reír un rato...

Le estaba sonriendo. Como antes. Como siempre. Aunque era reticente, el impulso de dejarse llevar por ese soplo de aire fresco en el ambiente cargado que últimamente les envolvía fue demasiado fuerte. Incluso tuvo la sensación de que el dolor de cabeza se había evaporado. No iba a discutir con él. No pensaba sacar el tema con tal de que ambos continuaran de ese humor.

—Vale. Me apetece un montón tomar el aire y mover el cuerpo. Y ver cómo te caes. ¿A las cinco donde siempre?

—Sí. Luego nos vemos. —Y, aunque dudó un instante que no le pasó desapercibido a ella, se acercó y le dio un beso en la frente, para luego desaparecer por la puerta del bar con sus compañeros.

Laura se giró en dirección a Anne, que la miraba estupefacta.

—Ni idea. No me preguntes qué pasa por su cabecita. Llegamos tarde.

—Sí. Cierto. Vamos — apremió Laura.

13

A las cinco de la tarde, el sol todavía estaba alto en el cielo a finales de septiembre. En el paseo marítimo soplaba una suave brisa proveniente del mar que agitaba las palmeras y ayudaba a soportar el calor. Algunos veraneantes tardíos paseaban o practicaban deporte, pero el lugar no estaba del todo concurrido. Noah estaba sentado en un banco terminando de atarse los patines cuando un movimiento llamó su atención y alzó la vista, cubriéndose con la mano los ojos de los rayos cegadores del sol.

—Hola —saludó Laura, que había llegado patinando directamente desde su casa.

—Hola —respondió él, manoseando los cierres. Tras una pausa, añadió —: Vas a tener que enseñarme a patinar de nuevo, ya verás...

—Lo dudo mucho. Siempre se te han dado bien los deportes.

Durante un tiempo más largo que un segundo, se quedaron perdidos en la mirada del otro, una media sonrisa asomando en sus rostros.

—Vamos —dijo Noah, tendiéndole la mano y Laura le ayudó a levantarse.

Recorrieron el paseo marítimo arriba y abajo varias veces, y cuando les asaltó la sed, pararon un rato a tomarse unos refrescos. Las horas pasaron volando en un ambiente relajado y divertido, muy diferente del que habían compartido días atrás. Noah aterrizó en el suelo un par de veces, haciéndolos reír. Laura dudó si, al menos una de las veces, lo había hecho adrede para divertirlos. Parecía un espejismo, pero era como si jamás hubieran existido los besos, las caricias, el sexo... Como si su relación hubiera continuado desde antes de todo aquello. Y ninguno de los dos se arriesgó a sacar el tema.

Cuando el sol comenzó a ponerse en las dunas, estaban exhaustos y sudorosos, por lo que decidieron volver a casa. Noah se ofreció a llevarla en su coche, así no tendría que volver patinando mientras anochecía.

—Hay criaturas malignas por ahí que salen de noche —comentó jovialmente.

—«Se cree el ladrón que todos son de su condición» —citó Laura, mientras describía círculos subida en sus patines esperando a que Noah se quitara los suyos.

Él hizo una mueca sutil que a Laura no le pasó desapercibida. Quizá aquellas horas no habían sido más que una fantasía. Una tarde con el mar calmo que precedía a una nueva tormenta.

Algunos minutos después, el coche se detenía frente al portal de su casa. Noah paró el motor, sacó la llave del contacto y se puso a jugar nerviosamente con ella, mirando a la noche a través del parabrisas.

—¿Cuándo tiene que... bajarte la regla? —soltó al cabo de un rato, con tono serio.

A Laura le asombró que fuera tan directo.

—Pronto. Pero no creo que debas preocuparte. Al final tú... Quiero decir... Ya sabes, no... —No supo continuar. Al menos la penumbra escondía su sonrojo. O eso esperaba.

—Sí, lo sé. Aun así, puede ocurrir. Y quiero que sepas que, si... *ocurre*, estoy a tu lado —acabó, mirándola.

Asintió.

—Lo sé, Noah. —No dudaba de él ni un atisbo en ese aspecto. Y sabía lo difícil que le debía resultar estar diciendo aquello después de lo que sucedió con Sara.

—Nunca lo había hecho sin nada —reconoció Noah en voz baja, mirando de nuevo al frente.

A Laura no dejó de sorprenderle.

—Parecías tener bastante experiencia.

Él giró la cabeza bruscamente hacia ella.

—Si lo que estás insinuando —dijo en voz baja y tensa— es que no me supuso ningún esfuerzo terminar fuera de ti... es que no tienes ni idea. Es algo que no pienso repetir en la vida. —«*Si puedo evitarlo, claro*», añadió para sí con ironía.

Laura pudo componer una máscara convincente —o eso quería creer— que ocultara sus pensamientos con bastante rapidez. Se sentía irracionalmente complacida con el hecho de saber que a él le había costado realizar aquel último esfuerzo. Pero sus últimas palabras la confundieron: ¿no pensaba repetirlo en la vida? No sabía cómo tomárselo, pero, a la vista de la situación típica *yo-le-quiero-pero-él-a-mí-no*, pensaba que lo mejor era que no repitieran nada de aquello en absoluto.

Aunque se moría de ganas...

—No insinuaba nada, Noah —respondió al fin, con tono cansado. Él lo

percibió.

—Podemos conseguirlo. Esta tarde lo he pasado genial contigo. Como antes.

Ahora el que no tenía ni idea era él. Pero tampoco pensaba iluminarle la mente declarándose sin tapujos. No, conociendo su postura. «*Está bien, intentaré seguirte el juego. Vamos a ser amigos, como antes*», pensó. Sin embargo, no pudo contener un ácido comentario:

—Seguirás saliendo a buscar, ¿no es así? Seguirás estando con ellas...

Noah desvió la mirada bruscamente, apretando la mandíbula. *Mierda*, no sabía qué iba a hacer. Sólo sabía que no le apetecía estar con nadie en esos momentos. «*Con nadie excepto ella*», dijo una vocecilla en su mente. Pero no podía decirle eso. Y tampoco podía decirle que sí, que iba a seguir con su habitual ritmo de sexo y desenfreno. Estaba en un callejón sin salida.

Pero a ella no le había pasado desapercibido el gesto y sacó conclusiones equivocadas. Había veces que él la leía como si fuera un libro abierto, con una claridad diáfana. Le dolió el pecho. Quiso explicarle que no tenía por qué tener celos de aquello que él llamaba «salir de caza». Ni por asomo se podía comparar a nada de lo que ellos alguna vez hubieran compartido, hubiera sexo de por medio o no. Podría demostrarle con un simple gesto con quién quería estar.

Podía cogerle la mano y posarla sobre la prueba irrefutable, pues el *bastardo* se ponía duro con sólo pensar en ellos dos juntos.

Pero él tenía su *vendetta* particular contra el sexo femenino. Estaba *jodido*. Sara lo había contaminado todo y, de momento, no era capaz de confiar, de volver a estar en manos de alguien. Estaba aún cargado de una ira que le compelia a tratar a las mujeres de la misma forma que ella se había merecido. Y lo canalizaba en forma de sexo e indiferencia. El fugaz encuentro con Laura había sido un destello de luz en medio de su oscuridad. Pero la idea de que ella se viera envuelta de nuevo en aquel caos que era su existencia, le obsesionaba.

Le obsesionaba tanto como la idea de volver a estar en su interior.

Fue vagamente consciente de que Laura había abierto la puerta del coche. En la radio sonaba «Cuts you up». Ella se dispuso a bajar.

—Laura... espera.

Se giró hacia él.

—No, Noah. Estamos cansados. Es mejor dejar esta conversación para

mañana. —Y se fue sin darle tregua a decir nada más. Desapareció por el portal de su casa.

Él se quedó allí durante minutos que pudieron ser horas, escuchando cómo Peter Murphy cantaba su estado de ánimo: «...cuts you up, it takes you high. You know the way. It's painted gold, is it honey, is it gold. You know the way it throw about...».

Aquello le estaba destrozando.

14

Laura se relajó bajo el chorro de la ducha, el agua caliente deslizándose por su espalda, calmando sus terminaciones nerviosas. Cuando habían decidido dejar de patinar, soñó despierta durante unos minutos con una ducha tibia, más bien fría, que le tonificara y relajara los músculos. Que arrastrara hasta el sumidero aquel calor pegajoso de final de verano.

Sin embargo, su idea sobre la temperatura a la que debería estar el agua había cambiado al final de la tarde. Necesitaba saber a qué atenerse cuando Noah pretendía que ambos siguieran con su amistad como si nada y se había quedado observando pasmada la expresión de Noah cuando le había hecho aquella pregunta. Él había apretado tanto la mandíbula que pensó que iba a rechinar los dientes. Lo que le terminó de enfriar el cuerpo, lo que hizo que deseara esa ducha caliente, fueron sus ojos. Había tormenta gris en aquellos ojos normalmente verdes. Se dio cuenta de que Noah sufría. Y ese conocimiento le atenazó el corazón. El chico de la eterna sonrisa no podía sufrir así.

Se dio la vuelta para que el agua ardiendo le cayera de frente. No le gustaba nada la sensación de estar chocando contra un muro. Quería saber qué le había hecho ponerse de ese humor. ¿Qué era lo que tanto le angustiaba? Quería decirle que todo iría bien, cuidar de él. Al ver aquella mirada tormentosa y perdida, su primer impulso había sido abrazarlo. Pero no pudo hacerlo. Cada vez que se tocaban, saltaban chispas. Ante aquella impotencia, tuvo que salir del coche para subir a casa.

Salió de la ducha y empezó a secarse.

Tenía esa sensación desagradable en la boca del estómago, una presión típica en situaciones insostenibles. Un rato estaban bien, como siempre, y al siguiente sumidos en una vorágine de sensaciones y sentimientos nuevos, inestables. No podían seguir así, en aquel precario equilibrio. Pero cuando pensaba en posibles soluciones, terminaba sintiéndose ofuscada. Ella era partidaria de afrontar la situación directamente, pero no tenía nada claro que presionar a Noah fuera a ser efectivo. Lo conocía bien y, en aspectos mucho menos trascendentales, solía soltar algo del estilo de «*Ehhh, dame un*

respiro».

Estaba cansada, exhausta física y emocionalmente. Se despidió de Anne y se retiró a dormir.

El sudor empapaba parte de su torso y su espalda por completo. Se pasó la mano por la frente y siguió corriendo. A su lado, Robert sufría la misma suerte, ambos con la lengua fuera. Los viernes por la tarde era el día fuerte de entrenamiento con el objetivo de preparar bien el partido de los domingos y el entrenador, un compañero de carrera, era bastante exigente.

La semana había ido bien.

Por decir algo.

Con el paso de los días, había ido puliendo su voluntad para dominar esa parte de él que quería mandar todo a tomar viento y lanzarse sobre su amiga. Se había hecho experto en contenerse. Ambos sobrellevaban bastante dignamente esa tensión invisible que apenas era perceptible, pero que les hacía caer rendidos al final del día. Habían quedado cada tarde, como antes, y no había habido más besos, caricias ni penetraciones de las que solían tener en el curso normal de su relación. Sin embargo, cuando se quedaba solo, todo aquello le obsesionaba, las imágenes colapsaban su mente hasta el punto de no poder pensar en nada más. Y entonces era un saco de ansiedad e inquietud.

Noah le había contado a Robert el asunto de su sesión de *sexo-explosivo* con Laura sin entrar en demasiados detalles. Había sido a medio día, durante la comida que habían compartido los dos solos, y desde entonces Robert parecía estar en estado de *shock*.

Y eso que no dejaba de decir que, en cierto modo, lo esperaba... *Menos mal*.

Necesitaba hablar con alguien para no volverse loco. Por lo general, no sentía esa necesidad imperiosa, y si la sentía, solía acudir a Laura. Sin embargo, Laura ahora no era una opción, no, al menos, para hablar sobre el tema que le ofuscaba. Como confidente, debía reconocer que Robert era una alternativa arriesgada, pero no se le ocurrió otra.

—Explícame otra vez por qué no quieres estar con ella —le pidió, con el aliento entrecortado por el esfuerzo.

—No es que no quiera estar con ella. Es que... —Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos. No sabía cómo explicarse. —No creo que esté preparado para darle lo que ella necesita— terminó, resumiendo muchísimo

todo lo que le pasaba por la cabeza.

Robert le dedicó una mirada interrogadora cargada de intención y Noah, a su vez, le devolvió una llena de resquemor por hacerle explicar hasta el más ínfimo detalle.

—Llevo mucho tiempo sin preocuparme prácticamente por nada que no sea yo mismo. No sé si estoy listo para tener una relación más comprometida con nadie. Ni siquiera sé si la quiero. No sé si me sentiría seguro confiando en alguien...

—Eso es mentira, tío. Te preocupas por mí, ¿sé que me quieres! ¡Auu! — Noah le había pegado un puñetazo en el hombro que le hizo trastabillar—. Y te preocupas por ella. La quieres...

—Como amiga —puntualizó—. Hay una pequeña diferencia. Tengo miedo de haberla cagado. El sexo nos ha hecho tambalearnos. Nunca debería haber ocurrido, pero no sé qué me pasa...

—Por fin has dicho algo con sentido entre tanta chorrada, chaval. Tienes miedo. Ella te gusta y, sinceramente, creo que a ella también le gustas tú...

—Eso está claro, pero no en ese sentido...

—¿Quieres dejar de interrumpirme?! —Robert se detuvo y apoyó sus manos en las rodillas, mientras resollaba en busca de su aliento de nuevo. Noah paró también, apoyando las manos en las caderas. Tras una pausa, continuó—: Nunca he pensado que fueras un cobarde, pero ahora me lo estás pareciendo. Ahí, escondiéndote como una sabandija. Te voy a decir lo que me parece a mí, lo que parece desde fuera. Te gusta y tú le gustas a ella, pero estáis sumidos en una especie de baile siniestro que os está haciendo más mal que bien. No sé qué pretendes con ello, pero no creo que lo estés consiguiendo, a juzgar por tu estado de ánimo. Siempre has sido muy sincero con todo el mundo, pero ahora creo que te estás mintiendo a ti mismo si piensas que actuando así vas a poder salir airoso de esta situación. —Tras un silencio, añadió en voz más baja y pausada, mientras arriesgaba una mirada en dirección a su amigo—: Y tampoco creo que estés siendo sincero contigo mismo en cuanto a tus sentimientos.

Noah había desviado la vista hacia el grupo que hacía abdominales y flexiones en el centro del campo. Tenía la mirada ausente y la mandíbula apretada; el aire removía algunos mechones de pelo que no estaban mojados. Robert lo vio asentir con un brusco movimiento.

—Es verdad. Estoy asustado. Me asusta todo esto porque siento que no

controlo nada. Estoy harto de aguantarme. Cansado de luchar contra lo que está claro que mi cuerpo quiere. Tengo miedo de que ella sepa *exactamente* todo lo que he estado haciendo últimamente y sienta asco cada vez que me mire. Me causa desasosiego mirarla a los ojos y confiar, arriesgarme, entregarme otra vez y que salga mal. Me pongo malo de pensar en ello. La inseguridad es superior a mí. Pero sobre todo, me acojona la posibilidad de perderla— acabó, mirándole.

—Joder, Noah... Eres muy cabezota. No tienes por qué perderla. Y, además, Laura no es como ella... A nadie nos gustaba Sara, pero todos adoramos a Laura.

—Lo sé. Es de las mejores cosas que tengo en mi vida —aceptó Noah, con una media sonrisa asomando a su cara.

—Mejorando lo presente, ¿no? —respondió, Robert aligerando el tono.

—No, chaval —rió—. Lo presente está muy bien, pero hay cosas que prefiero hacer con ella.

Un pitido de silbato les interrumpió. John, el entrenador, un alumno de intercambio inglés, les hizo señas desde el campo, gritándoles con su marcado acento que ya podían unirse al grupo que hacía abdominales. Más tarde, jugarían el partido de entrenamiento.

15

Laura estaba sola en casa. Los viernes por la tarde Anne iba a clases de salsa, aunque ella sospechaba que era el profesor cubano, y no el baile, lo que la atraía cada semana a aquel local. Deambulaba por casa en pijama y con una coleta mal hecha en busca del libro que tenía que leer. Este curso había decidido apuntarse a un club de lectura y la primera reunión sería ese lunes. Teniendo en cuenta que sólo había leído el primer capítulo de la novela, ya podía ponerse las pilas. Por fin lo encontró, *Peter Pan*, de J.M. Barrie. No terminaba de entender cómo podían haber propuesto un cuento para niños. «Bueno, a ver qué tal». Se tumbó en el sofá y se tapó con una manta, dispuesta a caer roque en menos de cinco minutos.

Sonó el timbre y dio un brinco en el sofá. Había estado tan ensimismada leyendo que se sintió desubicada por un momento. ¿Qué hora era? Las once de la noche. Llevaba hora y media absorta en el libro. Estiró las piernas y los brazos, y se levantó a ver quién tocaba a la puerta a esas horas. Un vistazo por la mirilla y el corazón le dio un vuelco.

Noah.

Se puso nerviosa y mil pensamientos le cruzaron por la mente a la velocidad del rayo. Entre aquella marea, preocuparse por el aspecto desaliñado que lucía estaba fuera de lugar. Cayó en la cuenta de que llevaba varios minutos parada detrás de la puerta y la abrió antes de que él se fuera.

Noah se encontraba ante la puerta del apartamento que Laura compartía con Anne. Al salir del vestuario tras el entrenamiento había decidido volver andando, pero cuando quiso darse cuenta, no caminaba en dirección a su casa, sino a la de Laura. Una vez allí, dudó. Desde luego, la conversación que había tenido con Robert le había afectado. «Eres un gilipollas», se dijo, mirando la hora que era. Pero llamó al timbre igualmente. En el silencio que siguió, el tiempo pareció estirarse, los latidos de su corazón atronando en sus oídos. Su cabeza le decía que debía de estar durmiendo, pero otra parte de él mucho más instintiva sabía que estaba al otro lado de la puerta, parada cual pasmarote.

Como él.

Se dio la vuelta hacia el ascensor de nuevo, pensando en lo absurdo de la

situación, cuando escuchó que se abría la puerta a su espalda y ella lo llamaba.

Al girarse la vio ahí, descalza aunque con calcetines, su pijama de *dibujitos* y el pelo enmarañado, y le pareció que estaba para comérsela. Literalmente. Aunque la había visto mil veces de esa guisa, la intimidad que entrañaba la situación esta vez consiguió ponerlo nervioso. Intentó disimular su incomodidad.

—Hola —saludó, como si nada.

—Hola. ¿Qué haces aquí? —No quiso que sonara a acusación—. Quiero decir, me alegra que hayas venido, pero...

—No lo sé... —dijo con media sonrisa. No pensaba decirle que tampoco sabía cómo había acabado llamando a su puerta—. ¿Puedo pasar?

Iba vestido con vaqueros y sudadera, y llevaba su mochila al hombro, igual que aquella noche hacía muchos meses.

—Claro —se apartó para dejarle paso, sintiéndose torpe de repente —, pasa. Estaba leyendo para la reunión del club de lectura que tengo el lunes. Voy algo atrasada.

—«Peter Pan» — dijo él, dejando caer la mochila y cogiendo el libro—. «*Todos los niños crecen, menos uno*» —citó.

—¿Lo has leído? —preguntó ella sorprendida.

—Claro. Era uno de mis cuentos favoritos cuando era pequeño y cuando tuve edad para leerlo, me lo regaló mi abuelo. ¿Te está gustando?

—Pues... para serte sincera, me está sorprendiendo. Pensaba que no me iba a gustar, pero he acabado tan metida en la historia que me has pegado un susto de muerte cuando has tocado al timbre.

Noah sonrió al imaginarla como tantas otras veces la había visto. Ella le preguntó si quería tomar algo, mientras ponía música y se dirigía hacia la cocina. A esas horas de la noche y siendo el futuro casi inmediato irse a la cama a dormir, a Noah sólo le apetecía un vaso de leche bien fría. Se sentaron a la mesa de la cocina cada uno frente a un buen tazón. La conversación fue relajada, mucho más que los días anteriores. Laura dejó de preguntarse qué hacía Noah allí, pues últimamente nada tenía sentido. Charlaron sobre libros, sobre grupos de música y cantantes que se iban dejando oír por el hilo musical, todo muy trivial. Pero al final, la atmósfera se tornó seria.

—Tenemos que hablar —dijo Noah sin rodeos, apretándole la mano.

A Laura volvió a cogerle por sorpresa, por tercera vez esa noche. No le

gustaba que le pillaran con la guardia baja y ya hacía rato que la había bajado. ¿Había sido esa la intención de él con esa charla ligera? Sin embargo, tenía razón.

—Sí. Lo sé. Pero ni siquiera sé por dónde empezar. Son tantas cosas... — Se levantó, recogiendo las tazas vacías y llevándolas hasta la pila de fregar. Se quedó allí, apoyada en la bancada, mirando el grifo sin verlo realmente.

—¿Qué tal por esto?: me muero por estar contigo otra vez —le susurró al oído Noah, que la había seguido sin que ella se percatara y la rodeaba desde atrás, los brazos apoyados a cada lado de ella sobre la encimera.

Dio un respingo ante aquella declaración. La hizo polvo. *¿Y luego qué?*

—No sé si es buena idea —respondió ella, recomponiendo su expresión y liberándose de su presa.

—Yo tampoco, la verdad —reconoció—, pero no puedo dejar de pensar en ello. —La miró a los ojos—. Estos días han sido todo un reto para mí. Merezco una medalla, créeme. *¡Ouch!* —se frotó el hombro que Laura le había golpeado—. ¿Qué? ¿No me crees?

—Dejando de lado el hecho de que me resulte difícil de creer, ¿qué hay del «podemos conseguirlo»? Del «podemos volver a estar como antes»... —Se encaminó hacia el salón de nuevo y se dejó caer en el sofá, con gesto cansado.

No podía creer que estuviera hablando con Noah de esto.

Él la siguió y se plantó frente a ella. De repente, Laura lo miró con otros ojos. Tenía que reconocer que era magnífico. Era el típico tío que hacía que te giraras por la calle o que se te cruzaran por la mente todo tipo de pensamientos calientes, húmedos y oscuros, si lo tenías tan cerca como ahora. Sólo que ella nunca lo había visto así —en la época del instituto tenía un aspecto mucho más añorado— y no era buena idea que empezara a hacerlo ahora. Apartó el pensamiento de su cabeza.

—Eso me gustaría... también —terminó él, con actitud derrotada.

Las primeras notas de *Change* de los Deftones comenzaron a escucharse desde el reproductor y no pudo reprimir una sonrisa abatida mientras negaba lentamente con la cabeza. Por supuesto, los planetas se alineaban. Recordaba perfectamente, pese a los años que habían pasado, aquel día abrasador de julio en que los dos estaban tirados en el sofá de él, holgazaneando y confeccionando una lista de «música para *follar*», como él lo había llamado. Ambos habían coincidido en que aquella canción en concreto, era perfecta. «*Cuando escucho esta canción, me entran ganas de joder*» había dicho él, en

tono jocoso, recibiendo un codazo por parte de ella al emplear aquel lenguaje. Recordaba también que la conversación había ido derivando por senderos poco seguros y que tuvieron que dejar el tema, porque ninguno de los dos tenía a «nadie a mano».

Qué ciego había estado...

Laura lo miró y supo que estaba recordando justamente el mismo momento. Se le iba a salir el corazón por la boca.

Iba a suceder de nuevo. Lo sentía en cada poro de su piel, en cada mililitro de su sangre.

—Estoy cansando de controlarme —dijo él en voz baja, oscura—. No quiero hacerlo, pero... si tú... si no quieres que pase, dímelo ya. Y lo haré.

Sabía que tenía que decir algo. Negarse y negociar. Saber el precio y las condiciones. Pero su traicionero subconsciente hizo que no abriera la boca y lo mirara con todo el descaro. Como invitándolo. Ella también estaba cansada de controlarse, maldita sea.

Noah tembló imperceptiblemente ante aquella falta de negativa. Sentía su sexo duro y preparado. Confió en que ella no lo notara, prefería no pensar en la imagen que tendría allí parado, con semejante bulto. Estaba hipnotizado por su mirada. Era muy posible que ni siquiera fuera consciente de ello, pero Laura lo estaba mirando como si quisiera comérselo con los ojos. Aquello hizo que empezara a respirar más rápido y se decidió a dar un paso hacia ella. Se sentó a su lado y se centró en sus ojos, diciéndole con la mirada todo lo que no podía con las palabras. «*Me voy a lanzar de lleno a la hoguera. Y quiero que vengas conmigo. Ayúdame a no tener miedo de nosotros*». Unió sus labios a los de ella, en un suave roce, apenas un susurro.

Y de nuevo, estaban devorándose.

La habitación pareció girar y deshacerse a su alrededor, sólo estaban sus bocas, sus cuerpos intentando estar más cerca. El calor estalló y Noah se sacó como pudo la sudadera para quedarse en manga corta, sin apenas separar su boca de la de ella.

Jamás volvería a separar su boca de la de ella.

Laura se dio cuenta de que, si no paraban en ese mismo instante, aquello ocurriría a la velocidad del rayo, como la otra vez. Eso sin tener en cuenta que Anne debía estar al caer. Menudo cuadro se encontraría. Apretó las manos en los bíceps de Noah, donde las había puesto al quitarse él la ropa, y empujó levemente. Él emitió un quejido de protesta, pero tras un segundo se apartó.

—¿Crees que vamos a ser capaces de ir más despacio esta vez? — preguntó con la voz ronca y su respiración acelerada.

Como toda respuesta, Laura se levantó del sofá, lo cogió de la mano y lo arrastró hasta su cuarto. Noah le mordisqueó la nuca mientras caminaban y le soltó el pelo, que cayó en una cascada marrón sobre la espalda de ella. Laura cogió el coiletero, lo colgó del pomo de la puerta y los encerró a ambos en su habitación.

Lo primero que vio Anne cuando llegó es que su compañera no estaba por ningún sitio. «*Debe de haberse acostado ya*» pensó justo antes de ver una mochila en el suelo, una sudadera tirada con despreocupación en el sofá y las zapatillas de estar por casa de Laura a los pies del mismo. Qué raro. Se le ocurrió una cosa, miró en dirección a la puerta del cuarto de su amiga y sonrió sorprendida al ver el coiletero colgando del pomo.

Hacía tiempo que Laura no utilizaba aquella consigna.

16

Una tenue penumbra reinaba en la habitación. Era suficiente para ver la expresión de sus rostros, el movimiento de sus torsos agitados por la rápida respiración. Noah la cogió de las caderas acercándola para volver a besarle, pero algo en el gesto de ella lo detuvo.

Estaba dudando.

No podía dejar que dudara, si se echaba atrás ahora, él no lo iba a llevar bien...

—Te deseo, Laura —dijo tomando su cara con la mano y acariciándole la mejilla cuando lo miró.

—Yo también te deseo. —Tras una pausa, añadió—: Pero siento que aún hay algo... Te guardas algo y me da miedo... —Negó con impotencia.

Noah se sintió un poco decepcionado porque su mejor amiga dudara de él, pero se separó y extendió los brazos y las palmas, mostrándose.

—Sin miedos. Pregunta, pide, dime lo que quieres de mí —se ofreció, dispuesto a no esconderse.

Laura no sabía exactamente qué era, no podía pedirle nada en concreto. Sentía que iban a acostarse y después todo volvería al mismo enredo desastroso en el que llevaban semanas sumidos.

Algo le vino de súbito a la mente.

—Enséñame el tatuaje —pidió en un murmullo, mientras observaba cómo él bajaba las manos despacio y mudaba su expresión, cubriéndose de nuevo con una máscara.

Desconcertado, Noah se preguntó *cómo* diablos sabía ella del tatuaje. Era algo de lo que se arrepentía completa y profundamente. Y se había esforzado en esconderlo. Sucedió una noche, durante una de las cogorzas más grandes que había pillado en su vida, tras romper con Sara. Por desgracia, encontraron una tienda abierta y un tatuador dispuesto. Y Robert no hizo nada porque entrara en razón —a su favor, debía reconocer que iba más borracho que él, si cabía—. Al día siguiente, en la bruma de la resaca, sentía que le ardía la ingle izquierda. Al comprobar el origen de la irritante sensación, descubrió con horror aquel diseño tatuado. De por vida.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, serio.

—Lo escuché por casualidad. Corrían muchos rumores por ahí cuando Sara y tú... —Él asintió con brusquedad—. Nunca te he visto ningún tatuaje. ¿Existe?

—Existe —afirmó—. No lo has visto porque está en un sitio... *secreto* —terminó con sarcasmo.

Se quedaron ambos allí, de pie. Ella esperando, sin saber qué era lo que tanto le frenaba. Noah suspiró, se acercó a la mesita de noche y encendió la lamparilla. Comenzó a desabrocharse el pantalón vaquero, mientras ella se acercaba y deducía el lugar donde debía haberse tatuado. «*Guaaau*» pensó, nerviosa.

Con cuidado de no enseñar más de la cuenta por el momento, apartó un poco el vaquero y le mostró la zona. Ella se acercó y Noah tragó saliva con dificultad al sentir su respiración. Aquello no era buena idea. Su miembro se removió bajo el agarre de su otra mano, que mantenía la tela sobre él. Estaba azorado, por aquella maldita erección que se empeñaba en escapar... y porque Laura estaba viendo con sus ojos el *estúpido* engreído que podía llegar a ser.

A Laura se le secó la boca. No podía estar más *sexy*, con la camiseta de manga corta blanca y apartando el vaquero sólo lo suficiente como para enseñar una ingle cubierta con un ligero vello oscuro y un tatuaje. Se fijó más detenidamente en el diseño: una triqueta celta cubierta por una banda con una inscripción. Las palabras tatuadas la desconcertaron. «*Put on your knees*». Pero lo que la dejó muda fue descubrir el pequeño guión que unía a las dos primeras. Noah llevaba tatuado en la piel un insulto permanente a su ex novia.

Empezó a encajar piezas del puzle. Quizá había infravalorado el daño que le habían hecho. Ahora entendía mejor su comportamiento, su precaución. Y en el mismo momento en que comprendió los miedos de él, desaparecieron los de ella. A Noah siempre le había fascinado la cultura celta. Aquel tatuaje podría haber sido algo que él llevara con orgullo e ilusión. Sin embargo, estaba «roto».

Al parecer, como su dueño.

Miró hacia arriba y él la estaba contemplando. Parecía comprender todo lo que ella estaba pensando, las conclusiones a las que estaba llegando. Noah soltó lentamente el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta, esperando el juicio de ella. Pero éste no llegó. No le juzgaba. Aceptaba lo que era, lo que hacía, en lo que se había convertido. Ese feliz pensamiento lo

emocionó.

Ella se puso inesperadamente de rodillas, mientras apartaba con suavidad la mano que cubría su sexo, que saltó como un resorte al frente. Cuando se percató de sus intenciones, tiró de ella fuerte hacia arriba.

—¡No, Laura! —dijo en un furioso susurro.

Ese mensaje *no era* para ella...

—*Shhhhh...* —Laura se soltó despacio del agarre de sus manos. Sin dejar de mirarlo a los ojos, depositó un beso suave como una pluma en la punta roma de su sexo y vio como una perlada gota aparecía desde el orificio. Noah inspiró con fuerza, hipnotizado por esa mirada. Su mente aún tenía problemas en conciliar el sexo oral y su amiga, pero su cuerpo estaba más que emocionado con la idea. Observó cómo Laura lamía esa gota y contuvo un gemido. Cuando ella lo tomó por la base y se lo introdujo en la boca, no pudo evitar posar las manos entre sus cabellos. Lo que no tenía claro era si para marcarle el ritmo o frenarla. Tampoco importaba, no pudo pensar en nada más.

Laura no era una experta, se guiaba por puro instinto. Los gemidos y la expresión de Noah era todo lo que necesitaba. Y las suaves caricias en su cabeza, presionando un poco a veces, disminuyendo el ritmo otras. La estaba excitando sin tocarla apenas. La forma en que sabía que se estaba conteniendo la volvía loca.

—Espera, *maldita sea* —rogó él con voz ahogada, apartándose de golpe, su respiración totalmente alterada.

Laura también jadeaba. Dio un paso atrás y se sentó en el borde de la cama, pues las piernas le temblaban. Noah se sacó la camiseta en un fluido movimiento y al instante estaba sobre ella. Tiró bruscamente, arrastrando ropa interior y pantalón del pijama en el mismo gesto, y le separó las piernas. Ella no se había sentido tan expuesta en su vida, nunca nadie se la había quedado mirando así. Fueron instantes que le parecieron horas; y luego se lanzó de lleno a por ella.

Los gemidos de ambos llenaron el ambiente. Laura se dejó caer en la cama y él aprovechó para meter una mano por debajo de la camiseta y acariciarle el pecho. Con cada lamida, Noah extendía el fuego por su cuerpo, sabía muy bien lo que hacía y eso le hizo pensar en la experiencia que tenía. Todas las mujeres que habrían pasado por... Cerró esa corriente de pensamiento de un portazo. Aquel momento era de ellos dos.

Ellos dos...

«*Dios mío...*»

Noah estaba perdiendo la cabeza. Saber que era Laura la que estaba húmeda por lo que él le estaba haciendo, escuchar los gemidos que trataba de contener sin éxito con una mano sobre su boca... Lo estaba volviendo loco.

—Necesito estar dentro de ti —susurró antes de volver a lamerla.

Ella tiró de él hacia arriba, hasta que lo tuvo encima y unieron sus bocas, probando sus respectivos sabores. Se deshicieron de la ropa que les quedaba entre besos y roces. Noah se aferró a su último vestigio de control para separarse de sus labios.

—Déjame ir a por un condón —pidió. No confiaba en ser capaz de hacer lo que la última vez.

Ella no lo soltó. Se incorporó para abrir el cajón de la mesita de noche y sacó una caja de preservativos. Noah la miró alzando una ceja y no queriendo profundizar demasiado en la punzada de celos que sintió con aquel simple gesto. Cogió uno, desgarró la envoltura con los dientes y se lo puso con un natural movimiento. Estuvo de nuevo entre sus piernas, posicionó su sexo y empujó hasta la empuñadura.

Intentaron ir despacio, pero el efecto sólo duró los primeros minutos. Al poco, estaban devorándose y moviéndose cada vez más deprisa. Ante aquella vorágine de sensaciones que iban a hacerle perder la cabeza, Noah introdujo la mano entre sus cuerpos y comenzó a acariciarla al mismo ritmo que sus embestidas. Pronto sintió las contracciones del sexo de Laura a su alrededor y supo que no aguantaría, que se perdería con ella. Y cuando notó que ella escondía la cara en su cuello y amortiguaba los gritos en su piel, no pudo evitarlo. Un orgasmo abrasador lo arrastró todo, dejándolo limpio y tembloroso.

Tras unos minutos resollando sobre su pecho, levantó la cara y la miró. Iba decirle que sentía haber ido tan deprisa, no haber esperado, pero ella estaba sonriendo y aquello hizo que se olvidara de todo. El corazón le iba a explotar.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —preguntó él, sonriendo a su vez, todavía dentro de ella.

—Soy feliz —declaró, depositando un beso en la punta de su nariz.

—Yo también... —reconoció él en voz baja, más serio. Sintió cómo su sexo se endurecía en lugar de ablandarse y ella lo miró sorprendida. Se removió debajo de él—. Espera. —Noah salió de ella y retiró el preservativo de su miembro, alargando la mano para coger otro.

La buscó dos veces más en medio de la noche. Conforme iban pasando, sus encuentros eran más relajados aunque igual de apasionados. Aprendían sus cuerpos, esos que tantas veces habían visto, con las manos, con la boca y la lengua. Las caricias, las palabras, las miradas que nunca habían tenido lugar entre ellos.

Cerca de la salida del sol, Noah estaba haciendo gala de un control notable, penetrándola en largas estocadas con un ritmo enloquecedoramente lento que a Laura le impacientaba. Mientras, le susurraba palabras al oído. Cosas que quería hacerle, cosas que quería que le hiciera, a veces cosas sin sentido, con la voz ahogada por el placer.

—No me canso de hacerte el amor —le dijo.

—¿Ahora es «hacer el amor»? —preguntó ella, haciendo referencia a su mal lenguaje.

Él calló, con la respuesta en su mirada.

17

Raro era el día que se levantaba antes que Laura, pero esa mañana de sábado, y a pesar de haberse acostado tarde, Anne madrugó y ya estaba sentada desayunando mientras esperaba a confirmar sus sospechas sobre la identidad del acompañante de su amiga. Cuando escuchó que la puerta de su habitación se abría de la impaciencia casi se tira el café con leche encima.

Laura entró primero en la cocina y se saludaron. Los breves segundos que pasaron hasta que entró el chico le parecieron siglos.

—Hola Anne —saludó Noah un poco cortado.

Noah. *Por supuesto.*

—Hola Noah. —La sonrisa que se le dibujó en la cara fue tan exagerada que seguro que pensó que era tonta.

Él se giró directo hacia la nevera, permitiendo que la ávida mirada de Anne localizara el cardenal que lucía en el cuello. Le hizo un gesto a Laura y vocalizó divertida algo así como «¡qué fuerte!».

Sí. Ella también se había sorprendido cuando Noah había salido del aseo por la mañana y le había dicho que le había hecho un moratón, al tiempo que se lo mostraba. Casi se muere de la vergüenza y él lo notó. Sonriendo, la abrazó y le dijo al oído que ya estaba esperando que le hiciera el siguiente. Lo que Anne no sabía era que ella llevaba otro un poco más arriba del pecho izquierdo.

Se debían una conversación. Habían empezado con buen pie la mañana, pero al poco a ambos les habían sonado las tripas, así que decidieron salir a por provisiones. Se sentía extraña allí, apoyada en la bancada de brazos cruzados, observando cómo Noah se movía libremente por la cocina, cogiendo cosas de aquí y de allá mientras charlaba tranquilamente con Anne.

Como muchas otras veces.

Lo que hacía esa ocasión especial eran las miradas, la corriente que parecía establecerse entre ellos cada vez que Noah levantaba la vista hacia ella. Algunas estaban tan cargadas de intención que ella se ruborizaba y entonces una media sonrisa aparecía en el rostro de él.

Anne observaba todo esto fascinada, aunque disimulando. Bueno, su

noticia bomba habría de esperar.

Laura regresó a su cuarto. Noah las había dejado solas un rato, alegando que se iba a dar una ducha. Cuando entró, lo vio sentado en la cama, una toalla rodeando sus caderas y el pelo todavía húmedo. Tenía los codos apoyados en las rodillas y las manos unidas, y la miraba con una sonrisa contenida.

—Qué —inquirió—, ¿te ha taladrado a preguntas?

—Ajá —confirmó cerrando la puerta tras ella—. Y no me extraña. Yo habría hecho lo mismo.

Noah resopló.

—Hemos dado el campanazo, ¿eh?

—Eso me temo...

Las horas de la noche habían pasado en rápida sucesión, apenas un suspiro. Ahora, a la luz del día, Laura tenía una pregunta enroscándose en sus entrañas, como una serpiente venenosa. Sabía que tenía que hacerla, pero el miedo a la respuesta era considerable.

—Bueno... —titubeó.

—Bueno —dijo él también, mirándola fijamente, calibrando el grado en que se veía afectada su habitual conversación relajada. Suspiró—. Esta es una de las cosas que no quería que ocurriese.

Ella levantó la mirada bruscamente.

—¿El qué?

—Que no seas capaz ni de mirarme a la cara ahora.

—No es eso... —respondió ella, sin saber cómo afrontar lo que tenía en mente.

—Entonces, qué.

Quizá lo mejor fuera ser directa.

—Es sólo que... no sé qué va a pasar ahora — dijo, enfocando su mirada en la de él.

Noah suspiró. La pregunta del millón. La realidad que había estado evitando.

—¿Tú qué quieres? —preguntó con más inseguridad de la que le habría gustado mostrar.

—Sé que no quiero formar parte de tu pequeño «harén» — . Había notado la vacilación en su voz y le había pegado un pellizco en el corazón, pero no podía dejar de recalcar aquel hecho. Ni este otro — : Y tampoco quiero entrar

en el juego de *ahora-estoy-contigo-porque-no-puedo-controlarme-y-después-te-rechazo-porque-me-siento-culpable*.

Noah mudó el gesto. No sabía qué había esperado por respuesta. ¿Una declaración de amor con un violín sonando de fondo? «*Eres un capullo*», pensó, sintiéndose enormemente inseguro. Se recordó que no podía dejar que el miedo lo arrinconara. No tenía por costumbre ir detrás de nadie; lo había hecho con Sara por su estúpida obsesión con ella y por eso ahora estaba asustado. Pero esto era distinto. Suplicaría si hiciera falta. Y si ella le rechazaba...

—Eso nunca ha formado parte del trato. No contigo. Ni siquiera es justo que me lo digas, porque no he estado con nadie desde... Desde la primera vez que te besé. En cuanto al juego del que hablas... —Negó con impotencia.

Su mente se bloqueó de nuevo. Ocurría siempre que intentaba explicarse, por eso no lo hacía nunca. Se sentía como un inútil inepto, incapaz de formar una frase simple con lo que quería decir. Asustado de exponerse en vano. De que no le entendieran. De que volvieran a *joderle*. Alzó la cabeza y la miró: estaba muy seria, con la espalda apoyada en la puerta, esperando a que él hablara. Con paciencia, le daba su espacio. Se puso nervioso y se levantó, empezando a caminar por la estancia, pasándose una mano por el pelo y dejándolo de punta. Iba a intentarlo. Era lo justo. Si no, la perdería.

—Sobre todo, quiero que tengas claro que nunca, *jamás*, he jugado contigo. —«*Aunque lo parezca*», pensó—. Te besé aquella noche porque no estaba pensando en absoluto. Se me fue la cabeza por completo... —vio cómo ella alzaba una ceja. Maldita sea, no era buen camino... lo que quiero decir es que actué por puro instinto. Ya hacía semanas que me pasaban cosas raras por la mente. Cosas del tipo «tú y yo en la cama». Después de tantos años siendo como hermanos, me sentía como un cerdo y te juro que intentaba no pensar en ello...

—Noah... —Quería tranquilizarlo, decirle que ella también había pensado alguna vez en ellos dos así.

—Déjame acabar, por favor. —Ahora que había empezado... —Como pensé que sería pasajero, actuaba con normalidad contigo. Bueno, hasta esa noche —resopló—. Después todo se torció, porque tú parecías responder —«*¿Parecía?*», pensó Laura, con un bufido mental—, y eso hacía que a mí me resultara casi imposible contenerme. Cada vez que me devolvías el beso o me provocabas con tus palabras, no podía evitarlo... —Detuvo su paseo nervioso

y la miró—. ¿Sabes?... Me sentía como la mierda, sabiendo que tú *sabías* que estaba con otras tías y pensando que pudieras creer que te estaba igualando a ellas. Pensando que pudiera hacerte daño mientras durara tu... *encaprichamiento* por mí.

Laura tuvo que reírse, lo que le valió una mirada censuradora por parte de él.

—Encaprichamiento... —resopló—. Noah, yo no me acerqué a ti porque quisiera ser tu amiga del alma.

Noah no comprendía. Ahora fue él quien se quedó clavado en el sitio, su cara mostrando todo un abanico de expresiones que iban desde el desconcierto inicial hasta la incredulidad cuando llegó a una conclusión absurda. Le costó hablar, era posible que estuviera malinterpretando las cosas y sonara ridículo.

—Pero... de eso hace... *años*... —murmuró retrocediendo despacio, hasta topar con la cama y sentarse. Observó, perplejo, como ella desviaba la mirada, confirmándose sin palabras. No. Era. Posible—. ¿Cómo *coño* he podido estar tan ciego? —susurró, sintiéndose peor que un estercolero.

Todos aquellos años él pavoneándose con sus conquistas... ¡y ella también!

—Relájate, chaval —habló ella, por fin, intentando aligerar el ambiente—. Al poco de conocerte logré convencerme de que no me interesabas de esa forma. Tampoco ha sido tan grave.

Seguía en estado de *shock*. En serio, ¿cómo era posible? ¿Le... *gustaba* hacía años?

—Ven aquí —dijo.

Ya habían hablado demasiado.

No hacían más que dar vueltas uno alrededor del otro. Él había esperado una breve conversación y luego... *cama*. Cuando ella se acercó, la sentó a horcajadas sobre él. Su sexo reaccionó al instante y Laura debió notarlo, sólo la toalla y el fino pantalón de pijama entre ellos, porque se recolocó de forma que él quedara totalmente encajado entre sus piernas. No pudo evitar disparar sus caderas hacia arriba, buscando, mientras acariciaba su espalda por debajo de la camiseta. Sus bocas se unieron, las lenguas saliendo al encuentro, sus caderas forcejeando, intentando estar más y más cerca. Era increíble cómo respondían el uno al otro. *Pim pam, fuego*. La noche anterior, sólo después de no sabía cuántas horas de actividad, fue capaz de ir más despacio. Pero aquí estaban de nuevo, como un cohete sin retorno, sus sexos rozándose. Notó cómo la humedad hacía acto de aparición...

—Joder...

—Joder... —repitió ella, con un jadeo.

Oírla jurar de esa forma casi hizo que se corriera allí mismo. No podía perder el norte antes de decirle lo que quería, de hacerle entender que podía confiar en él. *En ellos...* Por mucho que costara. Tomó aire...

—Te quiero, Laura.

Ella abrió los ojos, muy sorprendida, deteniendo el movimiento. Estaba presa de la incredulidad.

—Sí que te sientes mal...

Noah se quedó helado. Era un *bocazas*. Después de la conversación que acababan de tener, el descubrimiento de que aquello iba más allá de un simple rollo, más allá del sexo... había pensado... *No*.

Mala idea abrirse. Con nadie.

Su mente conjuró un mosaico de pensamientos y recuerdos mezclados peligrosamente. Confianza. Infidelidad. Sinceridad. Vulnerabilidad. Humillación. La rabia estalló de nuevo en él, tras mucho tiempo aplacada. Fue llenando sus venas, sus huecos, saliendo el tropel por sus poros.

No.

Laura se vio empujada a la cama, sin saber bien cómo ni por qué. Noah tiró de ella para ponerla boca abajo sin ninguna ceremonia, un tirón a sus pantalones y lo siguiente que notó fue algo caliente, duro, descomunal, presionando la entrada de su sexo. Contuvo un gemido, pues algo le decía que no querían oírlo. Él empujó, penetrándola sin contemplaciones y ahogando un jadeo en su nuca. Vio sus manos a cada lado de su cabeza y sintió su pecho contra su espalda, sus jadeos húmedos contra ella. Laura sabía que tenía que pararlo, quería explicarse, no dejar que las cosas sucedieran a ciegas. *Otra vez*. Pero, maldita fuera, estaba disfrutando. Aun con Noah furioso por no saber qué. De su boca no podía salir otra cosa que jadeos que intentaba sofocar mordiendo la almohada. Cuando estaba a punto de conseguir *algo*, él se quedó quieto. Como una estatua.

—Ni te muevas... —pidió entre jadeos.

Ella contuvo un sollozo contra su puño, pero le hizo caso.

Su sexo, no.

—Mierda...

Noah salió de golpe y ella notó cómo se disparaba en su espalda, húmedo y tibio, respirando como si fuera un tren de carga. Por fin, sintió que apoyaba

la frente entre sus hombros, su aliento saliendo en respiraciones breves y cortas, todavía inmovilizándola. Permanecieron así no supo por cuánto tiempo.

Laura quería girarse y enfrentarle, decirle que sentía lo que fuera que hubiera hecho para que acabaran así. Quería hablar con él, mirarlo a los ojos y *saber*. Intentó darse la vuelta, pero él apretó el cepo, manteniéndola boca abajo, y sintió cómo escondía la cara en su espalda, todavía entre jadeos.

—No dudes de mí... *por favor*... —Esa petición, casi una orden en voz ronca y baja, le desconcertó.

No era una forma casual de decir «*eh, no dudes de lo que te digo es verdad*», sino más bien, una súplica sutil e íntima por su confianza.

Noah maldijo cuando notó la humedad en sus ojos, pero apretó los párpados y no pasó de ahí. Joder, ¿cómo se le podía ir tanto la olla? Debería tener toda esa basura superada, pero la falta de confianza había sido el origen y el destino de muchas de las batallas que tuvo con Sara. Había terminado harto. Harto de tener que demostrar cosas, de tener que pedir crédito. Su mente había hecho *clic* de nuevo, sólo que esta vez, con Laura. *Joder, joder, joder*... Ya se sentía como un desgraciado cuando sucedía con una desconocida. Pero era mejor que fueran ellas y no... Laura. ¿Cómo iba a tragar y digerir lo que acababa de pasar? ¿Cómo podía ser *tan* bestia? Se le escapó un quejido y ella se dio la vuelta con un rápido movimiento, pillándolo desprevenido.

Intentó todavía esconderse de sus ojos, pero un forcejeo de ella y sus rostros quedaron frente a frente. Laura lo miró un instante y le dejó irse, de nuevo. Apartar la mirada. «*Nunca me has parecido un cobarde*», resonaron las palabras de Robert.

No quería esconderse más.

No con *ella*.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho... daño? —Volvió a mirarla, buscando la censura o la acusación en sus ojos.

No encontró ninguna de las dos. Sólo... calidez. Comprensión.

—Estoy bien —sus manos se movieron por su espalda, abrazándolo.

No lo merecía.

—No me merezco esto, Laura. Deberías estar echándome a patadas de tu cama. De tu cuarto—. «*De tu vida*».

—Pues ya puedes ir olvidándote de esa idea, Noah. Yo... siento mucho lo de antes...

Y Noah sabía que Laura desconocía el motivo por el cual tenía que pedir

perdón.

—Joder, soy yo quien debería estar diciendo lo siento —replicó, avergonzado.

Laura cogió su rostro entre sus manos.

—Escucha —le dijo, asegurándose de que le prestaba toda su atención—: Siento lo que dije antes. No pensaba que lo decías... de verdad —«*no creía que sintieras eso por mí*», pensó —, por eso he bromeado al respecto. No significa que dude de ti.

Laura se sintió miserable. Había mucho más que la fachada que Noah se empeñaba en mostrar al mundo. Esa sonrisa eterna... Ella debería haberlo sabido. Debería haber estado a su lado cuando le hicieron daño. Y no sólo había fallado en eso sino que ahora había metido el dedo en la llaga, tocando algún punto que aún sangraba en él.

—Yo... no es algo que diga a menudo... —«*¿qué tal nunca?*» —, pero quería borrar tus miedos. Antes de... ya sabes, hacerlo otra vez.

«*Quería que te sintieras bien conmigo, que supieras que esto no es para mí un juego. No es nada parecido a lo que haya tenido antes en mi vida*».

El silencio se extendió entre ellos mientras se miraban a los ojos.

—¿Me quieres? —susurró ella, apenas confiando sólo porque él se lo había pedido.

—Sí.

Los segundos se alargaron a minutos, el tiempo suspendido entre ellos, las miradas conectadas. Viéndose de una forma nueva para ellos.

Los cuerpos, aún entrelazados y desnudos, se movieron, apenas un roce. Pero no hizo falta más. Sus bocas se unieron, despacio, las lenguas acariciándose en un húmedo baile. Las manos acariciando, rozando, *sintiendo*. Laura bajó por la espalda de él, hasta su trasero, pasando las manos con suavidad y poniéndole la piel de gallina. Luego apretó, en una indicación que Noah entendió perfectamente. Empezó a mover sus caderas, encajado como estaba entre sus piernas. Laura estaba húmeda, mucho. Su sexo resbalaba entre el de ella, arrancándoles gemidos a ambos. No sabía si...

—Antes... —dijo entre jadeos— ¿has... has podido llegar a...? —«*¿o la he jodido demasiado pronto para ti?*».

—Sí, he llegado... pero habría sido mejor contigo dentro.

«*Oído cocina*», pensó Noah, encantado con el sonrojo de ella. Esta vez iba a hacer las cosas bien. Condón. Aguantar. No meter la pata. Eso esperaba.

Comenzó a descender dejando un rastro húmedo por su cuello, deteniéndose allí donde sabía que era más sensible. Sus manos se adelantaron, pasó un pulgar por un pezón y ella echó la cabeza hacia atrás, mordiéndose el labio. Esa imagen se quedaría grabada por mucho tiempo quemándole en la retina. Bajó su boca; su lengua, caliente y húmeda, en suaves pasadas, terminó de endurecer el pezón, y se lo metió en la boca. Se las ingenió para seguir moviendo sus caderas entre las de ellas al mismo tiempo que acariciaba sus pechos. Oírla gemir lo estaba volviendo loco y sabía que podía seguir haciendo lo que hacía sólo porque no hacía ni media hora que se había corrido. Como un *maldito* adolescente. No iba a seguir por ahí. No iba a desconcentrarse. Esta vez era para ella. Si le quería dentro cuando llegara al orgasmo, eso iba a tener.

Cuando llegara al orgasmo número veinte.

Laura se preguntó si Noah había desarrollado algún otro brazo, porque sentía sus manos por todas partes. Su boca haciendo magia en sus pechos. Y su sexo... *dios*, como acero caliente y resbaladizo, se deslizaba entre sus piernas, acariciando todos sus labios externos y su centro. Si no paraba...

Pero paró, apartándose de ella. Su mano sustituyó a su miembro, sus dedos separándole, tanteando, mientras su boca descendía humedeciendo el camino hasta su ingle. Cuando estuvo allí, disparó una mirada hacia arriba que a ella le calentó el alma. Dejó caer la cabeza de nuevo en la cama, dispuesta a disfrutar lo que sabía que venía. La boca de Noah se cerró sobre su clítoris y ella no pudo —ni quiso— evitar gemir. Puso sus manos entre su pelo, acariciándole, cuando él se enterró entre sus piernas. Sintió que su lengua la penetraba. Entraba y salía con un ritmo lento y cadencioso, su dedo dibujando círculos sobre su vértice. El placer alcanzó cotas inesperadas cuando su otra mano ascendió a su pezón de nuevo. Gemía sin poder contenerse, cada vez más cerca. Cuando Noah volvió a posar su lengua en su clítoris y la penetró con los dedos, acelerando el ritmo, supo que no iba a aguantar mucho más. Tiró de su pelo para avisarle, para separarlo.

Él gruñó, pero no se movió del sitio.

—Córrete — dijo sobre su sexo—, es lo que quiero... Vamos...

Y ella lo hizo.

Aquello era demasiado bueno. Cuando empezó a sentir los espasmos de Laura se mantuvo en la posición, alargando el momento. No podía estar más excitado sin apenas tocarse. Le bastaba con alzar la vista y verla, la espalda

arqueada, llenando la habitación de jadeos. Llevándose el puño a la boca cuando alcanzó el orgasmo. Apretó los dientes, sabía que debía estar pringando las sábanas. Cuando el temporal empezó a remitir, comenzó a lamerla suavemente, los dedos quietos en su interior. La dejó respirar apenas. Y comenzó de nuevo.

Cuando Laura había perdido la cuenta de las veces que había llegado al orgasmo, estaba prácticamente exhausta. Noah sacó los dedos de su interior, depositando un suave beso sobre su sexo. Se estiró para alcanzar algo, y ella escuchó el sonido del papel metálico al rasgarse y luego la goma. Lo sintió de nuevo sobre ella y gimió al notar su miembro entre sus piernas. Ese roce caliente solo hizo que se reactivase de nuevo.

—Laura... no puedo más... —La voz le tembló al hablar y sonrió, azorado. Negó con la cabeza —No... No aguanto más...

—Ven. —Lo atrajo hacia ella, abrazándolo con una mano y guiándolo a su interior con la otra.

Noah gimió en cuanto le puso la mano encima y oyó el gemido de ella como un eco del suyo, cuando la penetró. Quería mirarla a los ojos, pero tuvo que esconder el rostro en su cuello para conseguir que los gritos que ascendían por su garganta quedaran en gemidos. La besó ahí. Aun a riesgo de dejarla marcada, porque dios sabía que estaba fuera de control. Sus caderas la embestían a un ritmo brutal, pero aun así, logró modificar el ángulo de penetración, buscando... Ella gritó. *Ahí*. Lo había encontrado. Esa zona dentro de ella... que hacía que... *sí*... se contrajera a su alrededor. *Sí, sí, y mil veces sí*.

—Joder, Laura...

Metió la mano entre sus cuerpos, ya totalmente desbocado entre sus piernas. Perdido. Ella alcanzó otra cima, pero él ya apenas fue consciente. Su propio orgasmo lo arrasó todo. Se derramó en ella durante lo que le parecieron largos e intensos minutos conteniendo la respiración y apretando los párpados. Y cayó desplomado en su pecho, escuchando el tambor de su corazón y sintiendo el ritmo atronador del suyo propio.

—Eres muy malhablado cuando estás en la cama con alguien —oyó que murmuraba Laura. Levantó la cabeza con esfuerzo, mirándola con ojos somnolientos y una sonrisa perezosa.

—Lo siento —dijo, sin pizca de arrepentimiento.

18

—Tengo que enseñarte algo. ¿Dónde estás? —La voz de Noah sonaba tranquila a través del teléfono móvil, aunque ella pudo detectar un ligero atisbo subyacente de... ¿impaciencia?

—Estoy en el paseo marítimo, patinando con los chicos. ¿Vienes?

—*Mmm...* Creo que no debería sudar, pero vale. No me pongo los patines y listo. De todas formas, ahí no puedo mostrártelo, pero tengo ganas de verte —terminó. Laura sentía la sonrisa que seguramente estaba adornando su cara. ¿Qué tramaba?

—Si quieres, podemos quedar en otro sitio —ofreció, intrigada.

—Puede esperar. Nos vemos donde siempre en quince minutos.

—De acuerdo. Ahora nos vemos. —Dudó al despedirse—: Un beso.

—Sí... Lo mismo.

Y cortó. Laura suspiró. Sabía que Noah todavía se sentía incómodo con algunas de las novedades que se habían incorporado a su relación. No dejaba de resultar chocante que antes se tomara muchas más libertades que ahora que se habían convertido en... pareja. Quién lo iba a decir. Pero ella había logrado comprender muchas cosas de la complicada personalidad de Noah y presentía que aún había lana que desmadejar. Así que había decidido dejarle espacio. Sin presiones. Había decidido aceptar el trato y confiar en la *bomba-a-punto-de-explotar* que, por lo visto, era él.

Mientras se deslizaba sobre ruedas y la brisa marina le revolvía el pelo, volvió a recordar la asombrosa cadena de acontecimientos que había tenido lugar hacía apenas dos semanas.

Aquella mañana de sábado se la habían pasado en la cama, igual que la noche anterior. Y no sólo por sexo. Fue demasiada información para ella, tanta que todavía estaba la estaba desgranando y digiriendo. El tatuaje, las confesiones, el encuentro oscuro y algo forzado que habían tenido por la mañana... todo le había hecho tener una visión que antes no había ni siquiera percibido. Comprendía mejor pero sentía que todavía no del todo. Sin embargo, había dos cosas claras: Noah no había terminado de superar *ciertos* aspectos y, aun así, estaba dispuesto a estar con ella. Era una apuesta

arriesgada. Para los dos. Aquello les podía explotar en la cara y entonces... *adiós, muy buenas.*

Le dolía el pecho sólo de pensar en ello.

Pero eso no iba a ocurrir. Después de su recriminación en tono de broma sobre el mal lenguaje que él utilizaba, el ambiente se había tornado serio de nuevo. Y habían hablado. Noah lo estaba intentando.

—Siento lo que ha pasado antes. Yo... —tomó aire en un suspiro, mientras se pasaba una mano por el rostro— no sé, hay cosas que aún me duelen y desatan una parte de mí que... antes ni siquiera sabía que tuviera.

Noah alzó la vista y Laura volvió a maldecir una y mil veces a Sara. A ella también le sacaba a relucir una parte oscura que no conocía. Un ansia de atacar para *proteger*. A Noah.

Le acarició la espalda, todavía desnudos entre las sábanas, sus miembros enredados. Debía de ser al menos medio día. No sabía qué había hecho Anne, pero no se escuchaban ruidos por casa. Ella también permaneció en silencio, intentando transmitir con caricias lo que le pasaba por la mente. Se dio cuenta al poco que él se había dormido, así, con la mitad de su cuerpo sobre el de ella y la cabeza apoyada en su pecho. Bien. Laura no pensaba ir a ninguna parte.

Lo había mirado, estirado sobre ella. Era magnífico. Sabía que Noah se disculpaba en parte por ser un poco brusco a veces mientras lo hacían, pero ella sólo se quedaba con la parte de la disculpa que concernía a las culpas y las dudas. Le encantaba el sexo con él, ya fuera lento o rápido, más desatado o más contenido. Nunca había tenido nada igual y sabía que una relación no podía basarse sólo en la parte física. Mucho menos con el bagaje que ellos dos como amigos tenían a la espalda. Aun conociendo los riesgos, todo su cuerpo y su mente pedían a gritos que se lanzara por el acantilado.

De cabeza.

¿Cómo se llamaba eso? Confianza ciega.

Por mucho que Noah la advirtiera, por mucho que viera cómo a veces perdía el control, confiaba en él. En que no quería hacerle daño. En que, si decía que le quería, era que le quería.

Le quería. *Dios mío...*

Ella sentía lo mismo, pero no se lo había dicho. Imaginaba cómo debió de sentirse él, en el estado de vulnerabilidad en que se encontraba. Pero se había quedado incrédula y petrificada, sus nervios tiesos, su corazón detenido en un

latido. Y atravesada por el miedo. Noah le había confesado que la quería, le tocaba mover ficha a ella. Abrirse a él y dejar que ocurriera lo que tuviera que ocurrir. Estaba dispuesta. Ahora, reflexionando sobre todo lo que había sucedido durante las últimas horas, las últimas semanas, mientras él dormía sobre ella, lo veía claro. Y no había otro camino para ellos.

Le pasó la mano por el pelo, inconscientemente y Noah se revolvió como un gato perezoso. Gruñó, somnoliento, cuando se dio cuenta de dónde estaba su cabeza y depositó un suave beso en su pecho, haciéndola estremecerse. Levantó la cabeza y se acercó para besarla, mirándole a los ojos, con cautela y pasión. Ella le devolvió el beso y él gimió, cerrando los ojos y dejándose llevar. Ese beso tierno, sin segundas intenciones pero *con toda la intención*, sacudió sus cimientos. Se apartó levemente, no dejando más espacio que el necesario ni lugar a más inseguridades, y musitó contra sus labios:

—Te quiero, Noah.

La sonrisa lenta que él le dedicó entró por sus ojos y por cada poro de su piel, llenando cada hueco y calentándole el corazón. Él estaba absurdamente feliz con esa declaración. Y ella estaba completamente enamorada y *absolutamente expuesta*. Pero convencida.

De cabeza por el *maldito* acantilado.

La sonrisa de Noah pasó de ser radiante y feliz a pícara, a la vez que deslizaba las manos por sus costados y se acercaba a besarla de nuevo. Ella lo detuvo —no por falta de ganas— alegando que necesitaba una ducha y que si no paraban un segundo, jamás saldrían de allí. Noah se rio y la siguió al baño con la dudosa excusa de ayudarla con la espalda.

Había acabado apoyada de frente a la pared, con él a su espalda, dentro de ella, una mano apoyada en el ladrillo y la otra acariciándola entre las piernas. Ambos llenando el baño de jadeos y vapor.

De eso hacía ya dos semanas. Que habían estado llenas de muchos ratos como ese. Y poca conversación. Ambos habían continuado con sus rutinas, aunque Laura estaba flotando en su nube particular y tuvo que pedirle los apuntes de clase a Anne... y soportar sus burlas al respecto, por muy cariñosas que fueran. Algunas noches dormían juntos, en casa de él o en la de ella. Apenas habían hablado con palabras. Pero a veces había solemnidad en sus besos y miradas, conectándolos, comunicando cosas para las que todavía no había nombre. A favor de ambos, debía reconocer que habían conseguido no volver a perder la cabeza y hacerlo sin protección (y ya había acudido al

médico y a la farmacia para evitar cualquier riesgo). Noah estaba mucho más centrado en sus relaciones y sólo perdía el control cuando él quería o ella se lo pedía. Varias veces había tenido que rogarle que dejara de contenerse.

Sonrió al verlo bajar del coche aparcado. En cuanto la localizó, caminó decidido hacia ella y le estampó un beso en los labios, saludándola.

—¿Qué es eso que me tienes que mostrar? —preguntó, curiosa.

Él sonrió.

—Ya te he dicho antes que aquí no puedo enseñártelo. ¿Intrigada? —la picó.

—Más que nada, por tu actitud.

Lo notaba exultante, incluso impaciente, por destapar el misterio. Él dejó escapar una carcajada.

—Vamos —murmuró, a la vez que la cogía de la mano. Bueno. Ella también tenía una sorpresa para él.

Noah estaba contento. Pensó en el tiempo que hacía que no se sentía así, libre, relajado, mientras soltaba la mano de Laura y ésta echaba a patinar más rápido.

En las últimas semanas, había ido librándose uno a uno de los pesos que le hundían el pecho hasta el punto de que ahora parecía que levitaba, en lugar de caminar, por la vida.

La miró mientras ella se alejaba patinando a toda velocidad. Suspiró, pasándose la mano por la cabeza. Laura había vuelto su vida patas arriba. ¿Aquello era una buena noticia? Se sentía inseguro como en un infierno. Como si ambos caminaran sobre el filo de... algo. Eso cuando le daba cuerda a su *cabecita* y la dejaba campar a sus anchas. Pero cuando estaba con Laura, algo muy dentro que no pensaba ni maquinaba, le decía que eso era lo correcto. Lo llenaba de sosiego y le calentaba el pecho.

Además de *otras cosas*.

Sonrió con ironía. Quién lo iba a imaginar. Laura y él... en la cama. Encajando como el maldito zapato de Cenicienta. No se cansaba. Ella era la mezcla justa de... inocencia y salvajismo. Le volvía completamente loco. Y tenía ganas de darse cabezazos en la pared cuando pensaba que la había tenido delante de sus narices durante *años*. Todo el tiempo que había intentado borrarse a Sara de la piel.

Ella se había empleado a fondo en esa tarea, cuidándolo y mimándolo.

Dándole lo que necesitaba y amortiguando sus embates. Porque, tenía que reconocerlo, se le había ido la olla unas cuantas veces. En ocasiones, una palabra aparentemente inocente, una duda, un acto sin importancia, hacía que se le cruzaran los cables. Era sin intención por parte de ella y, además, aprendía rápido. Noah sentía en la médula de los huesos que ella evitaba hábilmente todo aquello que presentía haría *clic* en él. Y le estaba enormemente agradecido. Estaba en deuda con ella. Se había prometido a sí mismo no dejarse llevar por el temporal, por el bien de ambos, pero sobretodo, de ella. Se le revolvía el estómago hasta tener ganas de vomitar cada vez que se pasaba de la raya y le hacía daño. *Cualquier daño*, por minúsculo que fuera. Si ella lo estaba protegiendo a él, él la protegería a ella. Así de simple.

Nada de perder la cabeza o el control. Nada de volverlo hacer *a pelo*.

Laura volvió deslizándose hasta él.

—Los chicos proponen ir a tomar algo a una terraza.

—Por mí, vale. Tengo hambre.

—Y luego vamos a casa —añadió en voz más baja. «Casa» era cualquiera de las dos.

—Por mí vale. Tengo *hambre*—repitió, en tono más íntimo, la comisura de la boca insinuando una sonrisa.

Laura rio y se agarró a él, para no caerse. Entonces vio que se acercaba una compañera de clase y le soltó bruscamente.

—¡Hola Eve! —«Oh, oh, pillada...».

—¡Hola! —saludó la aludida, que iba de la mano de un chico moreno—. No sabía que patinabais —dijo, incluyendo a Noah (que no llevaba patines) en la conversación deliberadamente.

—Sí, me gusta mucho. Perdona, éste es Noah mi... —dudó, mirándolo, pues no se habían puesto nombre y sabía que él no quería presiones —... amigo —terminó.

Noah había visto la incertidumbre en los ojos de Laura. Y la disposición que tenía para darle su espacio. Y su tiempo. Él le daba muy poco a cambio.

—Soy su novio —dijo, mientras daba la mano a Eve y saludaba con un leve asentimiento a su acompañante—. Lo que pasa es que no quiere que se sepa a los cuatro vientos —añadió, deleitándose en su gesto de puro asombro.

Ellas hablaron algo más sobre un examen que les había puesto un tal profesor Vilcot y se despidieron.

—Mi novio, ¿eh? —Se giró enseguida hacia él.

Con qué pequeñas cosas era feliz. Noah se iba a dedicar en cuerpo y alma a encontrar todas esas pequeñas cosas y dárselas.

—Si tú quieres... claro.

—Qué chico más formal —se burló, con un suave beso en los labios—. Claro que quiero —susurró en su oído.

Laura parecía una cría pequeña impaciente por un regalo cuando entraron en casa de Noah a media tarde.

—Tampoco es para tanto, ¿eh? Te vas a llevar una decepción... —la avisó.

—Tú deja que *yo* decida eso. Va, ¿dónde está? —preguntó mirando a su alrededor.

Noah dejó las llaves, suspirando. A ver qué opinaba ella... A él le había sentado *endiabladamente* bien el cambio.

—Siéntate en el sofá —le pidió, mientras llevaba las manos a su bragueta.

Laura se puso seria, aunque aún bromeó.

—¿Piensas que me voy a desmayar?

Él dejó escapar una carcajada que relajó el ambiente.

—No, qué va...

Las manos continuaron desabrochando uno a uno los botones; Laura no apartaba la mirada mientras se le secaba la garganta. Y esa maldita manía de Noah de no llevar ropa interior.

—Mira bien —dijo, apartando la tela lo justo para mostrarle el tatuaje, como aquella vez.

A Laura no le pasó desapercibido el tamaño que guardaba bajo la otra mano. «*Laura, céntrate. El tatuaje. Te está enseñando el tatuaje*». Obligó a sus ojos a enfocar el dibujo.

Oh...

Seguía siendo una triqueta, pero estaba cruzada por una banda completamente negra, la piel algo hinchada allí donde hacía sólo horas que se había inyectado la tinta. Las palabras habían desaparecido. Para siempre. A ella ese pequeño detalle le entusiasmó. Miró hacia arriba y percibió el orgullo en los ojos de su chico.

—Me gusta. Me gusta mucho —afirmó, seria. Luego habló con un tono más travieso—: Entonces... ¿ya no quieres que me ponga más de rodillas?

Noah resopló una risa. Iba a explicarle lo que le gustaba aquello, cuando

Laura apartó la mano y su sexo saltó como un resorte. Hipnotizado, vio cómo acercaba la cara y le rozaba con la mejilla, sin dejar de mirarlo.

—Laura —gimió. Ella se separó unos centímetros. Él jadeaba. Le iba a obligar a suplicar—. Tócame. Cógeme... —pidió en un susurro rasgado. Luego añadió en tono más comedido—:... *por favor*...

Laura sonrió, sensual como una sirena, y le cogió por la base. Para introducirse en la boca, lento. No pudo evitar echar la cabeza hacia atrás, necesitaba hacer llegar aire a sus pulmones en llamas. La lengua de Laura hacía que quisiera empezar a jurar y maldecir como un poseso, pero se contuvo. No pasó mucho rato hasta que pasó la mano por su nuca para detenerla, completamente desbocado ya. Ella lo atrajo al sofá.

—Espera. Déjame coger un...

—No hace falta. Yo también tengo una sorpresa... —le dijo, pillándolo desprevenido.

Se lanzó a por ella sin miramientos, dispuesto a no dejarla salir del sofá en mucho rato.

Dispuesto a no dejarla salir de su vida *nunca*.

FIN

Gracias

Gracias por elegir El Chico de la Eterna Sonrisa. Espero de corazón que lo hayas disfrutado. Puedes contarle a la gente lo que te ha parecido a través del sistema de estrellas de Amazon o de tus redes sociales.

Y puedes encontrarme en mi blog

<https://briannadarkside.wordpress.com/>

o a través de mi email

briannawild@gmail.com

Nos vemos a la próxima ;)

Brianna W.